

BOX SETS BRUJERÍA

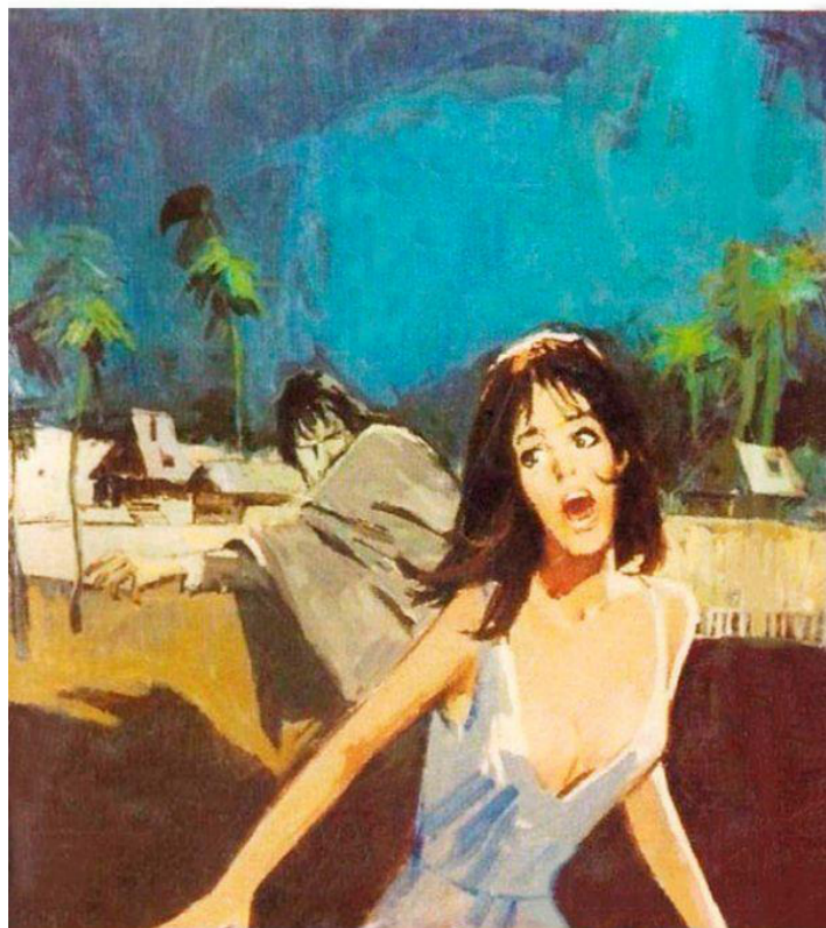
PUNTO

ROJO

EL MONSTRUO DE BEVERLY HILLS

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Silver Kane



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

SILVER KANE

EL MONSTRUO DE BEVERLY HILLS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 862
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.157 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1978

© Silver Kane - 1978

texto

© Desiló - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Bonnie, la hermosa secretaria de la Waldorf Inc, editorial especializada en revistas sólo para hombres, se tensó al salir de casa la media que se le había desenganchado y dirigió una mirada de soslayo al coche que estaba estacionado justo a la entrada de su garaje. Era un coche vacío, mal aparcado, y que parecía haber sido dejado allí de cualquier manera, por un borracho.

Bonnie miró su reloj mientras hacía un gesto de contrariedad.

Sólo le faltaba eso. Acababan de dar las siete y media, y no podría llegar a la oficina a las ocho si las cosas continuaban así. Le iba a ser imposible salir si alguien no retiraba antes aquel coche que cortaba el paso del suyo.

Con paso decidido, atravesó el jardín de la elegante casa que poseía en las cercanías de Santa Mónica y se dirigió hacia el coche. Debía de ser un vehículo robado que los ladrones habían dejado allí, con llaves de contacto y todo, por lo que seguramente no le resultaría difícil ponerlo en marcha y apartarlo, antes de avisar a la policía.

Miró a través de la ventanilla.

Fue un gesto maquinal.

Y de pronto su cara se volvió amarilla como el pergamino. Sus ojos se desencajaron, mientras sus uñas arañaban la portezuela. El grito de horror que partió de su garganta llenó la calle entera.

Porque era espantoso lo que habían hecho con el cuerpo de aquella mujer.

La sangre lo llenaba todo.

Las vísceras, que parecían arrancadas por las zarpas de un tigre, habían llegado hasta el *tablier*.

Los ojos vacíos de la víctima la miraban desde algún punto lejano, horrible e infinito.

Bonnie necesitó apoyarse en algo porque, de lo contrario,

hubiese caído a tierra como un fardo. No se dio cuenta de que se apoyaba precisamente en la manija de la puerta, la cual se abrió.

Y entonces, en la garganta de la muchacha se repitió el alarido de indomeñable horror. Porque, al abrirse la portezuela, acababan de saltar sobre ella las manos de la muerta.

Aunque el depósito de cadáveres del condado de Los Ángeles es uno de los más modernos y limpios del país, reinaba allí un ambiente desacostumbrado, casi irreal. Una caída en la tensión de la electricidad hacía que la luz se proyectara con menos fuerza y dibujara sombras espectrales sobre los cuerpos que yacían en las mesas. El aire, generalmente tan aséptico, tenía ahora una cierta fetidez. Una mosca enorme y verde había penetrado en el recinto, no se sabía cómo, y se daba el gran festín revoloteando por entre los muertos.

Dentro de aquella atmósfera casi irreal, el ayudante del *sheriff* del condado enumeraba las piezas que habían sido halladas sobre el cadáver, las cuales pasaban al interior de varias bolsas para ir a los laboratorios correspondientes.

—Un par de medias de nylon marca «Yorkshire», profundamente desgarradas; unas braguitas de encaje arañadas y destrozadas por completo; unos zapatos de marca italiana «Stelvio» con tacón del 37; una falda de lana negra sin etiqueta; una blusa de seda natural fabricada en Hong Kong; un pañuelo sin marca; un reloj electrónico de Texas Instruments parado a las cuatro de la madrugada. La víctima no llevaba sujetadores, por lo que no hay más prendas.

El sargento Prince se llevó las diversas bolsas al laboratorio, sin dirigir una última mirada a los restos esparcidos por la mesa de mármol. A pesar de la experiencia que tenía, se le revolvía el estómago. Vio que el teniente Conan se calaba las gafas, lo cual era en él muestra de invencible preocupación.

—Habrà que ocultarlo a la Prensa todo el tiempo posible —dijo, mientras veía colocar la tarjeta de identificación en un pie del cadáver—. Es la tercera víctima que aparece así, en las calles de Los Ángeles, durante los dos últimos meses.

El ayudante del *sheriff* musitó:

—De nada le va a servir, Conan. Y si la Prensa se entera de que ha ocultado algo, se armará un escándalo.

—Lo sé, pero quiero tener todos los dates posibles antes de que se celebre la inevitable rueda de informadores. A ver... Identificación.

El sargento Claridge, que tenía sesenta años y sesenta memorias de elefante, se caló también unas gafas.

—No llevaba documentos, porque sin duda se lo quitaron —informó—, pero por las huellas necrodactilares ha sido posible identificarla, partiendo de los datos que figuran en la Jefatura de Tráfico y en los archivos de los permisos de conducir. Esa mujer era Mara Robbins, enfermera, de veinticuatro años de edad, soltera y de buena conducta. Entraba a trabajar a las cuatro de la madrugada, por lo cual no es extraño que se encontraba en la calle a la hora en que fue asesinada. Su ficha profesional ya la he pedido a la clínica Gibbons, donde trabajaba. No tardará en llegar. —¿El coche era suyo?

—Sí.

—¿Y cómo pudo dejar entrar al asesino? ¿Cómo se explica...?

—Eso debe averiguarlo usted, teniente.

Conan hizo un gesto afirmativo, pero no desdeñó la oportunidad de dirigir a su subordinado una mirada asesina.

—Lo sé —gruñó—. ¿Huellas?

Otro miembro del equipo hizo un gesto negativo.

—Las estamos buscando por todas partes, pero, de momento, no aparecen.

—Hay que buscarlas no sólo en el coche, sino también en el cuerpo de la víctima. Una violación no se comete con guantes, porque el culpable quiere «tocar». —Cierto, teniente.

—¿Sangre?

—Por el momento parece que sólo existe la de la víctima, pero el culpable también pudo sufrir algún arañazo. Estamos investigando.

—Bien.

Y Conan se volvió hacia el forense.

Éste había terminado ya una parte esencial de la investigación. Con un gesto preocupado, levantó la cabeza que hasta entonces parecía haber tenido metida en el regazo de la muerta.

—Teniente —dijo—, este caso es como los otros dos. Ahora ya no hay duda. Tiene exactamente las mismas características.

—Eso ya lo veo.

Conan desvió la mirada.

Sabía muy bien a qué clase de monstruo estaban persiguiendo desesperadamente desde dos meses atrás. Una bestia sanguinaria que, como casi todos los violadores, sentía odio contra todo el sexo femenino y también en él estaba el secreto de su desenfreno salvaje. Aquel monstruo, más que violar, destrozaba y mataba. Placer sexual, lo que se dice verdadero placer sexual, era muy dudoso que lo hubiera obtenido nunca.

Y el monstruo lo sabía.

Ahí, quizá, estaba el secreto para dar con él.

Conan dejó aquello, fue al despacho del forense y disco el número del capitán Ulan, jefe de la Brigada de Homicidios del condado de Los Ángeles.

—He tenido una idea —dijo.

—¿Sí? ¿Cuál? ¿La idea de dimitir? Si es así le felicito, Conan.

Conan estuvo a punto de escupir sobre el auricular, pero se aguantó.

—El tipo al que estamos buscando es un desgraciado sexual y, por lo tanto, un desgraciado sentimental —dijo—. Éste es un terreno en el que no nos hemos metido hasta ahora, pero desde este mismo minuto vamos a meternos. Acabo de verlo claro como el agua. Diez contra uno a que, en los dos últimos años, ha sido demandado por su mujer para obtener la nulidad del matrimonio. Hay que buscar en todos los archivos judiciales del condado y analizar caso por caso. Estoy seguro de que antes de treinta días tenemos una pista segura, capitán.

—No es mala idea... —la voz había sonado reflexivamente al otro lado del hilo—, pero no disponemos de treinta días. Al cabo de ese tiempo se habrá cometido un nuevo crimen. Diez contra uno a que sí.

—Puede que sea cierto, pero... ¿qué sugiere entonces, capitán? Es un camino que hemos de recorrer desde ahora. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Tengo una idea que perfecciona la que usted ha tenido, Conan. Por descontado que pondré más de una docena de mamones investigando en los archivos judiciales, pero al mismo tiempo debemos acudir a las personas que en Los Ángeles se dedican a esa clase de chanchullos. Quiero decir abogados y, especialmente,

detectives privados metidos en separaciones. Ésos lo saben todo. Si habla con unos cuantos, seguro que llegarán a darle algún detalle revelador. Sobre todo...

—¿Sobre todo qué...?

—Hable con Lorens. Por el cochino despacho de ese cochino detective han pasado todos los chanchullos matrimoniales que han existido en el condado de Los Ángeles desde antes de que el condado de Los Ángeles fuera fundado. Seguro que él sabe alguna cosa, si es que aún está vivo. Porque hace dos meses que a Lorens no se le ve por ninguna parte. Conan dijo con su voz más caritativa:

—¡Ojalá haya muerto!

Pero comprendió que no podía desatender las instrucciones del capitán, que, al mismo tiempo, eran muy razonables. Mientras colgaba el teléfono, ahogó una maldición y se puso en movimiento.

De modo que Lorens...

A ver si había suertecilla y lo encontraba en el fondo de una tumba.

La chica se había sentado de tal manera que lo enseñaba todo, pero seguro que no se daba cuenta. Podía apostarse doble contra sencillo a que ni siquiera sabía que tenía unas piernas tan sensacionales, la muy maldita. Ni sabía que se había puesto las mejores medias de la ciudad. Ni los zapatos más *sexy*. Ni una ropa interior de esas que llevan las chicas en la portada del *Penthouse*. La monda.

Ray la miraba fascinado.

La verdad era que no había esperado un bombón así. Y le costaba hablar de negocios con una chica de tal calibre.

Pero lo intentó. O le traspasaba la agencia a aquella compañera de profesión o no comería caliente en los próximos seis meses. De modo que extrajo un paquete de facturas y las extendió sobre la mesa, mientras decía:

—Mire, Marta, todo esto son facturas por cobrar, lo cual indica el enorme volumen que tiene este negocio. Tome una calculadora de bolsillo, si es que la lleva, y cuente... Dos mil dólares del señor Reynolds, mil quinientos dólares del señor Stuart...

En aquel momento la puerta del despacho se abrió bruscamente y un tipo armado con una escopeta de dos cañones apareció en el

umbral. Iba completamente vestido de negro y tenía todo el aspecto de un sepulturero al que van a darle la jubilación anticipada.

—¡Ray! —gritó.

El detective se volvió de pronto.

—¿Qué pasa?

—¡Soy Stuart!

—¡Ah, sí...! Aquí tiene usted una factura por pagar.

—Pues vengo a pagarla... ¡ahora!

Y levantó la escopeta de dos cañones, poniendo directamente los dedos sobre los gatillos. Ray balbució:

—Pero ¿qué le pasa, señor Stuart?

—¿Qué me pasa? ¿Y aún lo pregunta, cabrito? ¡Me han engañado, me han dejado hecho una piltrafa! ¡Estoy perdido! ¡En lugar de proporcionarme pruebas de que mi mujer me engañaba con otro, se han equivocado y le han dado a mi mujer pruebas de que yo la engañaba con otra!

Y añadió con un grito:

—¡Pero esto no quedará así! ¡Prefiero ir a la cárcel por homicidio en segundo grado que tener que pasarle toda la vida una pensión a esa golfa! ¡Voy a disparar, cabrón!

Y se dispuso a apretar los gatillos sin más rodeos. Pero de pronto vio los muslos fascinantes de Marta, que continuaba sentada de cualquier manera, y entonces el tío se amansó.

—Sería lástima que la metralla alcanzara unas piernas tan bonitas —dijo con voz ahogada—. Por lo tanto si me hace el favor de apartarse, señorita... Es sólo un momento.

Y siguió enfilando a Ray a través del punto de mira, pero Marta se comportó como Juana de Arco y no se movió de allí.

—Por lo menos deje que terminemos este negocio, señor Stuart —murmuró—. ¿Por qué no vuelve dentro de media hora? Entonces podrá disparar tranquilamente.

Stuart pareció, entonces, darse cuenta de que iba a cometer un crimen delante de un testigo. Por lo tanto lo pensó mejor y dijo como el general Mac Arthur a la salida de Filipinas:

—¡Volveré!

Y el tío salió calmadamente.

—Este pequeño incidente indica —dijo Ray, intentando serenarse— que no todos los clientes quedan contentos, pero ya se

sabe que dejar a todo el mundo contento es imposible. Olvídelo, Marta. Y volviendo a lo de las facturas, aquí tiene la de los mil pavos que nos debe el señor Reynolds...

La chica tomó el papel y preguntó:

—¿Me permite que lo mire al trasluz?

—¿Por qué?

—Hay algunas agencias que, a veces, extienden facturas falsificadas, para dar la sensación de que el negocio marcha.

—Bu... bueno, haga lo que quiera. Hay una luz muy potente en el cuarto de baño, señorita Fer. Puede comprobar la factura allí.

—Lo haré con mucho gusto.

Y la chica se levantó de la silla para ir al cuarto de baño. Abrió la puerta descuidadamente.

Y entonces vio al tío. Estaba vestido en la bañera.

Con la cabeza bajo el agua, completamente sumergido, el pájaro se estaba ahogando.

Ya le quedaba solo media boqueada de vida.

Marta Fer gritó angustiadamente:

—¡Ray!

Ray saltó hacia la puerta. Vio desde allí el increíble espectáculo.

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Pero si es el señor Reynolds! —¿El que ha de pagar mil dólares?

—¡Sí!

—¡Pues sáquelo de ahí o va a ocurrir al revés! ¡Tendremos que pagarle nosotros el entierro!

Ray saltó hacia la bañera con la agilidad de atleta que le caracterizaba y metió sus potentes brazos en el agua. Sacó de allí a Reynolds, librándole de una muerte segura.

Cuando Reynolds recobró el conocimiento, se mostró enormemente agradecido.

—¡Cabrón! —gritó.

Ray intentó calmarle.

—Pero ¿qué le pasa, señor Reynolds?

—¡Quiero morir aquí, en esta cochina oficina! ¡De ese modo la policía tendrá que cerrar este maldito tugurio!

—Señor Reynolds, se equivoca. Está en una respetable agencia de detectives.

—¿Respetable? ¡Mierda! ¡Se equivocaron ustedes con mi asunto

y encima me quieren cobrar! ¡Malditos! ¡Yo estaba casado con dos mujeres a causa de un lío de papeles del que no era culpable! ¡De las dos mujeres, una me interesaba y a la otra quería verla en la tumba! Les pedí a ustedes que me tramitaran el divorcio contra esa última, contra la que no me interesaba. ¡Y resulta que, cuando me he querido dar cuenta, me habían tramitado el divorcio con la otra, con la mujer que amo! ¡Ahora resulta que estoy casado dos veces con una tía a la que odio! ¡Y ese error lo van a pagar!

Ray defendió el prestigio de la agencia:

—Son cosas que pasan, señor Reynolds. Un error lo puede tener cualquiera.

—¡Pues yo también voy a tener un error! ¡Lo mato aquí mismo, Ray, y luego digo que lo ha atropellado el autobús!

Sin duda podía cumplir su amenaza, porque el tío llevaba un enorme cuchillo remetido entre la camisa y el pantalón. Trató de sacarlo.

Pero en aquel momento se dio cuenta de que estaba allí Marta.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡Me estoy muriendo! ¡Lo necesito! ¡Lo necesito!

—Pero ¿qué es lo que necesita usted, señor Reynolds? —preguntó ella solícitamente—. ¡La respiración boca a boca!

Y se lanzó hacia la chica haciendo con los labios: «MUA, MUA».

—El experto en boca a boca soy yo, señor Reynolds —dijo el detective—. Tengo hechos dos cursos de socorrismo.

Reynolds meditó sobre el asunto.

—Me siento mejor —gruñó—. No me hace falta su maldita ayuda. ¡Vayase a la mierda!

Y salió de allí, amenazando:

—¡Hoy se libra porque está usted con una mujer, Ray, pero le mataré! ¡Juro que le mataré como a un perro!

La chica volvió a sentarse con un gesto lánguido y cansado, haciendo que otra vez empezara la fabulosa exhibición. Eso era quizá lo más encantador de ella: enseñaba cosas con un gesto de niña pérfida que quizá no acaba de darse cuenta de lo que hace.

—Parece que la agencia no es lo que usted decía, Ray —musitó al cabo de unos instantes—. ¡Y pensar que había sido una de las más importantes de Los Ángeles, en los buenos tiempos de Lorens!

—Lorens siempre había trabajado solo —dijo Ray mientras daba

unos pasos por aquel despacho que parecía demasiado pequeño para su cuerpo de atleta—, porque decía que los matrimonios desavenidos no van a confesar sus problemas a un despacho donde hay demasiada gente. Lo cierto fue que tenía razón, porque durante años y años le acompañó el éxito. Contaba con detectives para hacer las investigaciones, pero esos detectives raramente entraban aquí. Los clientes de este despacho siempre encontraban a Lorens solo, o como máximo con una secretaria, y eso les daba la necesaria sensación de intimidad.

—Lo encuentro muy razonable —dijo Marta Fer—. Siga, Ray.

—Bueno, pero al final la cabeza de Lorens empezó a flojear. Quizá había trabajado demasiado o quizá, simplemente, quiso burlarse de la gente para la que había trajinado toda su vida. El caso fue que empezó a embrollar los asuntos de tal manera que no los entendía ni Dios. Pero los clientes aún no lo sabían, de modo que cuando todas las bombas de relojería que había puesto estaban a punto de explotar, el tío decidió largarse del país y vendió la agencia. ¿Y a quién se la vendió? A mí, que era uno de sus detectives más jóvenes. Tuve que pedir un préstamo que aún no he devuelto y empecé a trabajar creyendo que todo sería como antes. Pero desde que volví a abrir las puertas del despacho, me encuentro con un promedio de tres intentos de asesinato diarios. Es la monda.

Marta susurró, tratándole con más confianza:

—Eso significa que Lorens te consideraba tonto o te odiaba. O quiso engañarte o quiso hacerte una faena, Ray.

—Me odiaba —confesó el joven.

—¿Por qué?

—Cada mes me fugaba con una cliente distinta.

—Eso es una cabronada, Ray.

—No tenía la culpa, te juro que no tenía la culpa. Me las encontraba en el coche, en el dormitorio, en el cuarto de baño, en el armario... No había modo de librarme de ellas. Pero debo confesarte una cosa, Marta: todas tenían más de cuarenta.

—Entonces lo siento por ti.

—Un bombón de veinte años, como por ejemplo tú, no me lo he zumbado nunca.

Ella se puso repentinamente en pie, roja como la grana.

—¿Qué dices, guarro? —chilló.

—Nada... Era... un comentario.

—O sea que piensas en mí como una chica más o menos zumbable.

—Bueno..., es un decir.

—Y tratas de venderme, a mí, la agencia que te vendieron a ti, para que sea yo la persona a la que los clientes tratan de asesinar...

—No... Contigo será distinto, ya verás. Antes de formalizar el traspaso arreglaré todos los asuntos, ya verás... ¡Te juro que...!

Pero Ray no tuvo tiempo de explicar nada más. Ella le atizó con una carpeta en la cabeza, una carpeta que además tenía los bordes de metal. Fue un impacto de los que hacen detenerse a un tanque Mark IV.

Claro que la cabeza de Ray era bastante más dura que la coraza de un tanque, pero aun así lo notó. Quedó medio *groggy* en el asiento mientras la chica salía.

De todos modos, fue en su persecución. Era la única esperanza que tenía. Si Marta Fer no le compraba la agencia, ya podía empezar a pensar en ahogarse un sábado por la tarde en las aguas de Santa Mónica.

Pero, al abrir la puerta de cristales, ya no la encontró. Por el contrario, en el umbral de la puerta estaba alguien muy distinto; estaba Conan, de la Brigada de Homicidios. Mientras se disponía a entrar, el teniente preguntó con voz opaca:

—¿Permiso...?

CAPÍTULO II

La mujer no se dio cuenta de que llevaba al monstruo en su propio coche hasta que dejaron muy atrás Sepúlveda Bulevar. Las luces del centro se habían difuminado, siendo sustituidas por la larga cadena de focos amarillos de la autopista. Siempre que tomaba aquella ruta le ocurría lo mismo. Se daba cuenta de que Los Ángeles es una ciudad absolutamente inhumana, una serie de autopistas que se entrecruzan, en medio de las cuales están las casas, y en esos momentos sentía un asco visceral por tener que vivir allí. Pero el trabajo obliga, y a ella no le quedaba otro remedio.

Pues bien, fue al dejar atrás Sepúlveda Bulevar cuando empezó a notar algo extraño en la conducta de su acompañante. Al principio se había dado cuenta de que le miraba las piernas, pero eso, al fin y al cabo, era normal. Lo que no le pareció tan normal fue que se pusiera guantes.

—¿Tiene frío? —preguntó.

—A veces, sí. Los Ángeles es una ciudad muy calurosa, pero todo cambia cuando el viento sopla del norte.

—¿Quiere que encienda la calefacción?

—No, gracias. Sería demasiado.

La conductora puso la directa al salir de la curva que había tomado en tercera y ganó velocidad. Las luces amarillas se hacían cada vez más espaciadas, indicando que salían del núcleo urbano, aunque pronto entrarían en otra zona densamente poblada. Los Ángeles es una extraña ciudad que se interrumpe a veces, se corta como si dejara de existir y de pronto reaparece un poco más allá. Tal como venían, había unos cuantos anuncios luminosos de postes de gasolina a la izquierda, en los que parecía empezar y terminar el mundo. —Aún no me ha dicho su nombre— musitó la voz.

—Lily.

—Es bonito...

—A los hombres les suele gustar. Pero a mí me parece un poco cursi. ¿Y usted cómo se llama?

La voz no contestó. Si sonó quedamente en el recinto del coche fue para hacer otra pregunta:

—¿A qué se dedica usted, Lily?

—Soy camarera.

—Una profesión desagradable, porque no siempre las personas son bien educadas, ¿verdad? Y los horarios de noche resultan duros.

—Sí, claro que sí. Nos pagan un pequeño suplemento, pero a veces pienso que no vale la pena. Oiga, ¿no tiene otro cigarrillo de éstos?

Lo único que ahora veía de su acompañante era el cigarrillo blanco que exhalaba débiles columnitas de humo. Por el aroma, se notaba que era un «Dunhill». Las volutas de humo daban a aquello un ambiente suave, misterioso y plácido. De pronto era como si hubiesen dejado de ir en coche; como si estuvieran en una habitación lejana y cerrada.

—Claro que sí; tome.

La mano enguantada tendió un cigarrillo. Lily usó el encendedor eléctrico y aspiró una bocanada. Era estúpido, pero no podía evitar aquella rara sensación de intranquilidad. Le dominaba la sensación de que la persona que había subido al coche unos minutos antes ya no era la misma.

—¿No tiene miedo?

—¿Qué?

—Si no tiene miedo —preguntó la voz.

—¿Y por qué había de tenerlo?

—No sé... Últimamente se están produciendo en Los Ángeles una serie de crímenes. Por ejemplo, hace algunas noches dejaron casi despedazada a una enfermera.

Lily apretó los labios.

Sentía frío en la nuca, pero se daba cuenta de que era una sensación estúpida y trataba de dominarla.

—Hay un sádico que anda suelto por Los Ángeles —dijo—, pero es como un grano de arena en una playa. Entre los millones de habitantes de esta ciudad, ¿por qué me iba yo a encontrar con él?

—Podría ser yo —dijo la voz.

Y brotó otra columnita de humo.

—¿Usted?

—¿Y por qué no...?

—Tiene ganas de broma —dijo Lily—. Usted es imposible.

—Claro... —la voz parecía más densa y maciza conforme avanzaban por la autopista—. Mire, ya estamos llegando. Si quiere torcer a la derecha un momento... Es junto a aquella casa.

Lily dijo:

—Bien.

Giró, tomando un corto ramal para salir a una zona ajardinada donde sólo había una casa. Era nueva y tenía un aspecto confortable, lo cual indicaba que la persona a la que acababa de acompañar estaba en buena posición, puesto que vivía en ella. Pero los ojos de Lily se dieron entonces cuenta de algo que no cuadraba, de algo que no tenía sentido y que lo cambiaba todo. Porque ante la casa un gran cartel indicaba: «en venta».

—Usted no puede vivir aquí... —gimió.

Y fue a volver la cabeza. Pero ya no llegó a tiempo. Bruscamente unos dientes parecían haber saltado hacia ella, hundiéndose en su cuello como los de una bestia carnicera. Al mismo tiempo, una mano se posó en su falda.

Lily quedó aterrada.

En el primer momento fue incapaz de moverse. Pero lo fue, sobre todo, porque no entendía nada... ¡Nada!... ¡NADA!

La voz dijo suavemente:

—En el fondo te gustará, preciosa.

Y entonces ocurrió algo horrible.

¡La mano que se apoyaba en uno de sus muslos tenía unas uñas monstruosas!

El desgarrón fue terrible. La sangre brotó sobre el asiento. Lily escupió un grito de sorpresa y de horror. Su cabeza salió despedida hacia atrás.

El asiento cedió.

Lily gritó con todas sus fuerzas, con toda su desesperación, con toda su sangre:

—¡NOOOO!

Pero la figura ya estaba sobre ella.

Y aquellas horribles uñas surgidas de no sabía dónde le

desgarraban el vestido, convirtiéndolo en harapos, y al mismo tiempo destrozando su piel. Penetraban tan adentro que parecían llevarse trozos enteros de su carne. La sensación de destrucción, de muerte, de aniquilamiento total era tan angustiosa que Lily chilló con toda la fuerza de sus entrañas, como si se vaciara por dentro. Pero su propio grito le hizo perder el sentido.

Lo recobró al sentirse estremecida por otro más lacerante, más profundo y más horrible dolor.

Sus sentidos vacilaban.

Todo daba vueltas en torno suyo.

El desgarrón interno era como un hierro al rojo.

Pero su cerebro funcionaba. Y aquel cerebro aún le decía que aquello no podía ser...

¡NO PODÍA SER!

Pronto sus sentidos se nublaron.

El dolor la hizo retorcerse convulsamente.

Y entonces perdió el sentido. Fue una suerte.

Porque no se dio cuenta de que la seguían destrozando. De que la sangre brotaba a borbotones.

Ya no se dio cuenta de nada más. Ni de que se convertía en una piltrafa. Ni de que su cuerpo, antes joven y hermoso, pasaba a ser una forma sin nombre.

El teniente Conan había tratado de encender un cigarrillo, pero no pudo. La mano le temblaba tanto que de pronto desistió por miedo a hacer el ridículo.

La mosca gorda y perezosa revoloteaba por allí.

¡Maldita! ¿Por qué no la mataban de una vez?

Ahora estaba en el depósito toda la plana mayor de la Brigada de Homicidios. El silencio era tan total que el leve susurro del bisturí al desgarrar fibras y músculos parecía un estruendo.

Por fin el forense musitó:

—No hay duda. Igual.

—¿Y los destrozos internos son semejantes a los de los demás casos?

—Sí, teniente. Iguales.

—Le pedí que investigara en los archivos clínicos, doctor. Millones de casos están ya registrados en las computadoras, de modo que es fácil. ¿Lo ha hecho?

—Sí —dijo el forense—. Tengo una lista de treinta y nueve casos de hombres que recibieron asistencia en clínicas a causa de defectos fisiológicos. Todos ellos tenían el mismo problema: las mujeres, fueran sus esposas o no, les rechazaban sistemáticamente. Estaban acomplejados y pedían que se les corrigiera su defecto, pero en todos los casos fue imposible. En resumen, que a causa de una malformación física resultaban tipos marginados de la vida.

—Ése es justamente el tipo de asesino que buscamos —dijo Conan, con los ojos brillantes.

—Lo sé, y por eso me permití pasar las fichas a la Oficina Central de Investigación —dijo el forense—, para que me dieran todos los datos sobre la vida actual de esas personas, datos que en seguida le pasaré a usted. Pero puedo asegurarle que ninguno de ellos es sospechoso.

—¿Por qué?

—Viven lejos de aquí. No han estado en Los Ángeles en los últimos dos años.

—Eso no significa nada —dijo Conan—. Se puede tomar un avión, llegar a Los Ángeles en una hora y marcharse en el avión siguiente. Tendré que investigar una por una esas fichas.

—Las tiene en mi despacho, Conan. Cuando termine de hacer el informe de la autopsia, se las daré.

—De acuerdo... Pero hay algo que debe anotar en el informe de esa autopsia, doctor, algo que no entiendo.

—Hay muchas cosas que no se entienden. ¿A qué se refiere?

—Sabemos ya que buscamos a un hombre con un acusado defecto fisiológico. Por ahí las cosas empiezan a estar claras. Pero ¿y las uñas? ¿Qué ser humano las puede tener?

—Podrían ser artificiales —insinuó el forense.

—¿Quiere decir piezas metálicas?

—Sí. La profundidad de las heridas requiere unas uñas tan duras que no creo las tenga un ser humano. Yo me inclino a creer en las piezas artificiales, teniente, aunque eso plantea problemas, como por ejemplo la necesidad de colocárselas una a una. Cada uña debe estar acoplada a un pequeño dedal.

—Tal vez no —susurró Conan—. Cierta vez vi un guante que las llevaba ya acopladas. Era un instrumento que se había fabricado un sádico para su uso exclusivo. Podían plegarse y entonces quedaban

ocultas debajo de los dedos, pero bastaba una presión para que un muelle las hiciera dispararse hacia arriba, y entonces parecían las puntas de cinco navajas.

El capitán musitó:

—¿Podría el monstruo usar un arma semejante?

—Tal vez —dijo Conan—. No es una hipótesis descabellada. Y eso explicaría además, con el uso de los guantes, la falta absoluta de huellas.

—Pero no tiene demasiado sentido... —murmuró uno de los agentes—. Tocar a una mujer con guantes... ¿qué placer puede proporcionar?

—Tengamos en cuenta que quizá, más que el placer, busca la destrucción —dijo Conan, pensando en voz alta—. Eso nos obligará también a buscar entre las *sex-shops* especializadas en materiales para sadomasoquistas, que también las hay. Quizá en alguna se encuentren guantes de esa clase.

Uno de los detectives se dio cuenta en seguida de lo que significaba el encargo.

—Y habrá que bucear entre los clientes —dijo—. Entiendo.

Sin una palabra más, salió corriendo.

Pero su puesto fue inmediatamente ocupado por otro hombre. Era alto, fuerte y peludo, y tenía cara de gorila. Parecía capaz de romper cualquier objeto sobre el que se posaran sus manazas, pero sin embargo éstas tenían una especial finura y una especial suavidad. No había buscador de huellas más experto que él en todos los Estados Unidos. Mientras avanzaba su pesada mole, movió la cabeza negativamente.

—Nada —dijo—. Ni una.

—Como en los otros casos, ¿verdad? —murmuró Conan—. Ni una huella...

—Sin embargo —opinó el gorila—, el asesino debió quedar empapurrado de sangre. Si se mancharon hasta los cristales, ¿cómo no iba a mancharse él?

—Eso plantea la duda de saber cómo huyó luego —dijo el capitán, pensando también en voz alta—. No se puede circular por Los Ángeles convertido en una mancha roja. Alguien insinuó:

—Pudo huir en un coche.

—Sí, pero lo dejaría, también, perdido de sangre.

—Puede ser un coche completamente forrado de plástico en su parte interior, y que admita auténticos chorros de manguera —opinó otro. Conan tomaba notas incansablemente.

—También habría que buscar entre los carroceros y tapiceros del condado de Los Ángeles. Coches totalmente forrados de plástico por dentro no los hay, o al menos no salen así de fábrica. Un coche normal se pudre en seguida si lo atacas por dentro a manguerazo limpio.

—Trabajaremos también en este sentido —dijo el capitán.

Una voz llegó, entonces, desde el otro lado de aquella siniestra habitación de la Morgue.

—Hay algo más —murmuró la voz—. Debemos tener en cuenta que ese monstruo ofrece, a primera vista, un aspecto completamente inofensivo.

Todos miraron al que acababa de hablar. Algunos de los policías lo reconocieron y se taparon ostensiblemente las narices. Era el detective privado Ray, el que había comprado el despacho de Lorens. Se decía que últimamente salía a intento de asesinato diario por las calles de la ciudad.

Pero Ray parecía más tranquilo que nunca y su silueta atlética destacaba en la penumbra como un verdadero símbolo de vida en aquel reino de la muerte. Con voz pausada continuó:

—En todos los casos, según el estudio que he hecho, las víctimas recogieron al monstruo en sus automóviles cuando hacía *auto-stop* en las calles de la ciudad o en sus cercanías. Siempre fue, además, a altas horas de la noche, cuando cualquier desconocido inspira la mayor desconfianza, y máxime conociéndose la noticia de los otros asesinatos. Eso indica que el culpable tiene un aspecto inofensivo y hasta... ¿cómo lo diría?... reconfortante. Quizá va disfrazado de policía, o algo por el estilo.

Era una hipótesis en la que nadie había pensado hasta entonces. Un falso policía... Claro, eso explicaría muchas cosas que hasta entonces carecían de sentido, e incluso explicaría el hecho de que las víctimas no se extrañaran por el uso de los guantes. Los policías suelen llevarlos.

Conan volvió a tomar notas febrilmente.

Ante sus ojos se abría ahora un nuevo campo de actuación. Pero se daba cuenta de que ese campo se ensanchaba cada vez más,

hasta abarcar tantas zonas de Los Ángeles que no habría modo de profundizar en ninguna de ellas. Sin embargo, tenía que seguir.

—¿Ha revisado los expedientes matrimoniales que le pedí al visitarle? —dijo mirando a Ray, que continuaba quieto al fondo de la habitación.

—Sí, teniente, por supuesto que sí.

—¿Y hay alguno que nos sirva?

—Me temo que no —suspiró Ray—. Lorens había intervenido en centenares de casos, pero sólo unos pocos llegaron a adquirir características patológicas. Concretamente, tres clientes acabaron en el manicomio, porque a causa de la separación tenían impulsos agresivos contra el otro sexo. Pero no nos sirven porque los tres continúan encerrados allí.

—¿En régimen de vigilancia?

—Me temo que no. Los manicomios están mal vigilados.

—Pues entonces deme sus nombres —pidió rápidamente Conan—. Es muy fácil que el monstruo salga cada vez que necesite matar.

Y fue a largarse de allí. Necesitaba tocar tantas teclas que cada vez el piano le parecía más imposible y más grande. Pero no le quedaba otro remedio que ponerse en movimiento, cuanto antes, hacia él.

Vieron entonces entrar a la muchacha.

Los policías giraron la cabeza hacia ella.

Eran muchos los que la conocían también, pero ninguno se tapó las narices como cuando miraron a Ray.

Porque era la más joven y bonita detective privado de Los Ángeles. Porque era Marta Fer, especializada en líos financieros que muchas veces terminaban en líos matrimoniales. Muchos policías del condado la admiraban por su cabeza brillante, pero eran muchos más los que la admiraban por sus piernas succulentas. Sin embargo, ahora ninguno de ellos pensó en eso.

Porque todos se fijaron únicamente en las facciones crispadas de Marta Fer. Porque todos se dieron cuenta de que estaba llorando.

CAPÍTULO III

La muchacha abrió la portezuela de su «Corvette» amarillo, muy visible a gran distancia, y consultó la hora en su reloj de cuarzo que era, al propio tiempo, una computadora de alta precisión. Habían dado ya las dos de la madrugada y casi todas las avenidas de Los Ángeles estaban tan vacías como los paseos de un cementerio.

Buena hora para empezar.

Se acomodó bien en el asiento tapizado de cuero, dio gas y arrancó. Una pulsación al radio-cassette le bastó para situar materialmente dentro de su coche la voz gangosa de Eddie Constantine, que cantaba algo relacionado a sus películas, una canción pasada de moda y que, sin embargo, encajaba bien con la soledad desértica, misteriosa, de las calles de Los Ángeles. Rodó a poca velocidad por el barrio chicano, sin encontrar a nadie que le llamara la atención, y luego tomó la carretera que lleva a la base naval de San Diego. Fue entonces cuando tuvo la sensación de que alguien la seguía, pero no pudo estar demasiado segura de eso.

Se desvió por un ramal que giraba hacia el norte y de ese modo regresó al centro comercial de la ciudad.

El color amarillo chillón de su bólido destacaba en la penumbra. Era fácil seguirlo. Y ella tuvo nuevamente la sensación de que otro coche no la perdía de vista, pero tampoco pudo asegurar nada.

Dio vueltas durante media hora más. La música seguía sonando.

Y entonces lo vio. Era un hombre de mediana estatura que le hacía señas para que parase, casi a la altura de Wilshire Bulevar. El hombre estaba detenido junto a una pequeña capilla e iba vestido impecablemente de *clergyman*. No había duda de que se trataba de un sacerdote que había terminado demasiado tarde los asuntos de su parroquia.

Ella detuvo el coche.

El hombre sonrió. Tenía un aspecto completamente inofensivo y

apacible. Se inclinó hacia la ventanilla cuando ella bajó el cristal.

—Perdón —dijo—, soy Raglán, el administrador de esta parroquia.

—¿Y qué le ocurre?

—Se me ha estropeado mi coche y no puedo volver al centro de la ciudad. Esto no es como Nueva York o San Francisco, donde hay taxis a todas horas. ¿Sería tan amable de acercarme a mi casa, o al menos hasta la próxima parada del autobús?

—Claro —dijo ella—. ¿Adónde va?

—Casi junto al Auditórium.

—No hay problema. Le dejaré allí. Suba.

El hombre subió y se acomodó en el estrecho recinto. Un coche deportivo resulta muy elegante, pero tiene escasas comodidades en el interior. Estaban muy estrechos cuando ella tocó de nuevo el cambio de marchas. A escasa velocidad remontaron los suaves caminos bordeados de palmeras que llevan a las colinas de Hollywood.

Todo estaba oscuro y solitario.

La policía decía que la vigilancia había sido reforzada en los últimos días, pero la verdad era que por allí no se veía un alma.

El hombre guardaba silencio. Había sacado de uno de los bolsillos un libro con tapas negras. Debía ser un breviario. Lo abrió y se puso a leer.

—Marea leer en un coche —dijo ella—. Además, aquí hay muy poca luz.

—No importa —dijo él—. Miro las estampas.

Y se lo mostró un poco. La chica lo contempló de soslayo. Pero de pronto quedó tan aterrada, tan asombrada, que estuvo a punto de salirse de la carretera.

Porque aquello no era un breviario ni mucho menos. Se trataba de una serie de fotos encuadradas en unas tapas negras, pero unas fotos tan aberrantes, tan fuera de lo común, que a una mente normal le resultaba difícil concebirlas.

La voz preguntó, entonces, con entonación metálica:

—¿Te gustan?

Ella se estremeció. En el primer instante no supo contestar, no supo pensar. Su cerebro había quedado en blanco.

—Para aquí —dijo la voz.

Era un sitio oscuro y solitario, medio guarecido por una casa en construcción. La muchacha tuvo que obedecer porque vio el enorme «Magnum» que la estaba apuntando al costado derecho.

—Si yo aprieto el gatillo, te estallará el hígado y vivirás solo unos segundos —dijo la voz metálica—. Tú verás lo que es mejor. Tú verás lo que eliges.

—¿Elegir entre qué... y qué?

—Entre morir o seguir mis órdenes.

Ella dijo con voz ahogada:

—Seguiré... sus órdenes.

—Es lo que más te conviene.

—Deje que retire la..., la música. Me pone nerviosa.

—Nada de eso. Si la retiras, dispararé.

—Pero... ¿por qué?

—Puede que esa música la recojan en una estación de policía. Hay coches que están preparados para eso. En cuanto deje de sonar, vendrán hacia aquí como lobos.

—Está equivocado... Yo no soy una mujer policía.

—Por lo menos hay una cosa evidente: eres una mujer. Y quiero verlo.

Una mano ansiosa, la izquierda, se posó en los muslos sólidos y firmes.

Las manos temblaban, pero era como un autómatas. Los dedos del falso clérigo pellizcaban sin piedad, deseando hacerle daño.

Pero no usaba guantes.

—¡No te apartes, idiota!

El cañón del revólver se clavó en su hígado con tanta fuerza que la hizo estremecer de dolor. Se trataba de un «Magnum» absolutamente real, no una imitación. La muchacha obedeció dócilmente.

Esa docilidad pareció enardecer más aún a su enemigo. Los pellizcos se hicieron más insistentes, más crueles.

—Bueno, ya tiene bastante, ¿no? De... déjeme. Me hace daño...

La risita chirriante sonó en el interior del habitáculo.

—Eres tremendamente ingenua, muñeca. Parece mentira... A tu edad...

—No tengo experiencia.

—Eso es lo que me gusta... Si yo tuviese dinero suficiente me

rodearía de jovencitas. Pero algo de eso he hecho ya, no creas... ¡Je, je!... Algo de eso he hecho ya... Y ahora voy a hacerte trabajar... Aunque es una lástima.

—¿Lástima el qué?

—El coche, el coche deportivo que apenas tiene espacio interior. Cuando lo he visto, he pensado incluso en no pararte, pues resultaba casi milagroso que una chica tan bonita como tú pasase a estas horas por Wilshire Bulevar, y por eso me he decidido. Además un «Corvette» tiene una ventaja: no puede ir un policía escondido en la parte posterior. Pero el inconveniente, en cambio, es grave: no queda sitio para disfrutar en él.

Y añadió con voz espesa:

—¡Baja!

La muchacha dijo firmemente:

—No.

Los dientes chirriaron. La amenaza del cañón sé hizo casi intolerable, pero la hembra se mantuvo quieta y firme como una roca.

Por un momento, pareció como si el asaltante fuese a disparar.

Luego pareció pensar en algo divertido. Poco a poco, la tensión de sus músculos se aflojó. Mientras lanzaba una risita dijo:

—Bueno, quizá sea mejor así... Trabajarás de otra forma.

—Pero no lo haré.

Otra vez los dientes chirriaron. La mano derecha tembló como si fuese a disparar.

—He matado a dos mujeres por esa razón —dijo lentamente—. ¡Dos mujeres! ¿Qué pasa? ¿Quieres ser tú la número tres?

El cuerpo femenino tuvo un convulso temblor.

Se daba cuenta de que la muerte estaba allí. De que en cualquier momento la bala podía atravesarla. El miedo fue tan intenso, tan total, que por un instante su cerebro volvió a quedar en blanco.

El miserable dijo lentamente:

—Por última vez... ¡obedece!

—No.

El dedo fue a cerrarse bruscamente sobre el gatillo. Y en aquel momento la voz dijo quedamente en el lado derecho del coche, mientras la portezuela se abría:

—Yo no lo haría, hermano.

El falso clérigo se volvió bruscamente mientras el revólver giraba con él. Los ojos se desencajaron al recibir de lleno el disco de luz.

La linterna estaba sobre su cara.

Y fue a disparar maquinalmente.

No quiso dar ninguna oportunidad a nadie.

Tampoco la tuvo él.

Las dos balas, disparadas casi a quemarropa, le convirtieron el cerebro en pulpa. Tenía que ser así porque, de lo contrario, él también hubiese podido disparar. La muerte le sobrevino tan instantáneamente que lo único que sintió fue una llamarada en el centro mismo del cerebro. Luego, nada. Todo estalló.

Silencio.

Ray sopló, entonces, en el cañón humeante. El también tenía un «Magnum». Habían jugado de igual a igual.

Dijo con suavidad:

—Ya puedes salir, Marta.

Marta Fer salió todavía temblando.

No se dio cuenta y se enredó con sus propios movimientos. Estuvo a punto de desplomarse a tierra.

Ray dijo tenuemente:

—Deja el coche ahí y ven al mío. Avisaremos a la policía.

—La policía quedará avisada solo con que..., con que yo retire el cassette con esa música.

—¿Está conectada a la onda de radio de los patrulleros?

—Sí.

—Entonces saca el cassette. Que vengan. Además, a mí me pone nervioso Eddie Constantine, ¡maldita sea! Mientras los patrulleros vienen, tú y yo iremos a la Brigada de Homicidios para hablar con Conan. El pobre tío pasa las noches en blanco.

Y le señaló un viejo «Chevrolet» con los faros apagados que se había detenido a cierta distancia. La muchacha fue a caminar, se dio cuenta de que no podía y al final optó por reparar el desorden de su vestido a la vista del «público», pero Ray tuvo la delicadeza de mirar hacia otro sitio.

Fueron hacia el «Chevy». Lo pusieron en marcha cuando ya los patrulleros estaban a punto de llegar, aunque lo hacían sin el estruendo de las sirenas para no asustar a la pieza que pretendían

meter en el saco. Mientras Ray conducía hacia el Teatro Chino, donde están impresas en cemento las huellas de los más famosos artistas de cine, hizo una sola pregunta:

—¿Porqué?

—Es sencillo, Ray.

—¿Sencillo? No me lo parece.

—Tú me viste llorar ante la última de las víctimas.

—Sí. Y creo que me será difícil olvidarlo.

—También a mí me será difícil olvidarla a ella. Imposible tal vez.

—¿Amiga tuya?

—Mucho.

Ray cerró un momento los ojos, a pesar de que conducía.

—No me digas que querías vengarla, Marta —susurró.

—Sí.

—Y para eso te pusiste de acuerdo con la policía...

—Sí.

—Son unos cabrones.

—¿Por qué?

—No debieran haberlo aceptado.

—Tampoco veo la razón de que no lo aceptaran, Ray. Han distribuido mujeres policías por toda la ciudad. Yo podía ser una más.

—¿Mujeres policías, todas con el mismo truco del cassette haciendo sonar la misma música y todas marcando su posición mediante ondas de radio?

—Sí.

—¿Todas con coches llamativos para que se vieran en la oscuridad?

—Sí.

—¿Y todas también con coches pequeños, para que el sádico no consiguiera su propósito de atropelladas dentro?

—No dejaba de ser una especie de seguro —dijo ella con voz desmayada—. Después de todo, algo es algo.

Y luego musitó:

—¿Me has seguido?

—Sí —fue Ray quien habló ahora.

—¿Por qué?

—Porque te vi llorar. Solo por eso.

—Ray, no me digas que..., que adivinaste lo que iba a hacer.

—Lo adiviné porque conozco a Conan. No tiene demasiados escrúpulos a la hora de utilizar a quien sea. Me pareció seguro que tú ibas a hacerle una oferta y me pareció seguro que él la aceptaría.

—¿Por eso me vigilabas?

—No te perdía de vista.

—Ya me pareció que alguien me seguía, Ray, pero..., pero si llego a saber que eras tú...

—¿Si llegas a saberlo qué...?

—No tengo ningún derecho a pedir tu ayuda.

—¿Tú crees?

—No he comprado tu despacho, Ray, y sé perfectamente que al no comprarlo te he dejado hundido en la ruina.

—Toda la vida he sido un detective muerto de hambre, Marta. No me voy a morir por serlo un poco más.

—Pe... pero todo debe tener una explicación... ¿Por qué lo haces?

El no contestó.

Quizá la respuesta estaba tremendamente clara. O quizá no. ¿No lo había adivinado ella? Pero al cabo de unos instantes, mientras pasaban ante el mercado de frutas y verduras del barrio chicano, Marta dijo con voz opaca:

—Lo has matado. Eso te va a crear conflictos con la policía.

—No he tenido más remedio que matarlo. Tú lo has visto. De lo contrario, era seguro que disparaba él.

—Seré tu testigo, Ray. Vaya si lo seré...

—Por otra parte, no creo que la policía se eche a llorar al ver aquel fiambre.

—¿Lo conocen?

—¿Que si lo conocen? Era Donald, un maníaco sexual juzgado tres veces y tres veces absuelto por falta de pruebas. En la última ocasión se comprobó que había violado y asesinado a una mujer, pero entonces, en vez de enviarlo a la cámara de gas, lo enviaron al manicomio. Del manicomio salía con regularidad para cometer otros asaltos, y en uno de ellos se cree que asesinó a una segunda mujer.

—Me lo confesó a mí —dijo ella con voz ahogada—. Habló de

dos mujeres muertas.

—Por eso estoy seguro de que la policía no va a echarse a llorar. Diez contra uno a que el fiscal del distrito coge una merluza mañana por la mañana para celebrarlo. Y a los funerales de Donald no van a ir ni los gatos que pululan por el mercado chicano. Por ese lado no vamos a tener problemas.

Marta se estremeció.

—Pero he fracasado —dijo con un hilo de voz.

—¿Por qué?

—No era el monstruo.

—Al principio debiste pensar que sí, ¿verdad?

—Claro. Y es que todo concordaba... El auto-stop, el aspecto inocente... Un sacerdote que te para junto a una iglesia no inspira desconfianza a nadie.

—Sí, ya me di cuenta de que iba disfrazado de *clergyman*... Menudo hijo de la gran marrana.

—Todo concordaba. No hemos dado con el monstruo, pero estoy segura de que ésa es la táctica que el monstruo usa —dijo ella, mientras iba calmando sus nervios poco a poco—. Un escenario bien buscado, un aspecto inocente, un...

—¿Llevaba guantes? —le interrumpió Ray.

—No.

—No. Bueno... De todos modos supongo que se arrugó bastante cuando recibió las balas en la cabeza. Un par de plomos entre los sesos son el mejor antiestimulante sexual que existe —murmuró Ray.

—De todos modos, tampoco se le veía demasiado digamos potente —dijo ella, dando a las cosas su nombre—. Era una caca.

—Entonces seguro que no hemos tropezado con el monstruo.

—Seguro que no.

Ray hizo una mueca de resignación. Detuvo el coche ante el enorme edificio de acero y cristal donde se centran todos los servicios de policía del condado. Las ventanas estaban iluminadas en gran parte. Se trabajaba como si fuese de día.

—Conan debe estar ahí dentro —dijo Ray—. Vamos.

Y entraron en el edificio para dar una explicación. Pero mientras andaban por los pasillos que aún rebosaban de actividad, Marta susurró:

—¡Cada vez que me acuerdo...! ¿Que si comprobé las posibilidades de aquel tipo? ¡Había que ponerse gafas para hacerlo, te lo juro! ¡Era una birria de tío...!

CAPÍTULO IV

Ray estaba de espaldas ante la mesa llena de facturas cuando oyó que se abría a su espalda la puerta del despacho. Sin volverse, levantó los brazos y murmuró:

—No dispare. Me rindo.

Y, en vista de que no le contestaban, añadió:

—Es posible que se encuentre un comprador la semana que viene. Entonces todo será pagado puntualmente, lo juro.

Tuvo una cierta sorpresa al ver que su visitante seguía guardando silencio. Entonces se volvió, aunque estaba perfectamente convencido de que iban a clavarle una perdigonada en mitad de las pelotas. Bien mirado, además, era lo menos que se merecía.

Pero tuvo una gran sorpresa, porque la persona que acababa de entrar no iba armada. Por el contrario, era una mujer de líneas suaves, elegante, vestida con la mejor técnica de Milán y de París. Tendría unos cuarenta y tantos años, pero aún se conservaba muy bien. Las saunas, los masajes y el ejercicio hacen milagros en las damiselas americanas que pueden darse buena vida.

Ella susurró:

—¿Usted es Ray?

—Sí.

—¿Por qué esperaba que lo matasen?

—Bueno... En fin... Resulta difícil de explicar, pero hay bastantes tipos que lo están intentando hace tiempo.

—¿Cuál es la razón? —preguntó la desconocida.

—Los follones que armó Lorens antes de retirarse y venderme el despacho... Parece que en los últimos tiempos no resolvió los asuntos como los clientes le pedían, sino justamente al revés. También había montañas de facturas sin pagar que ahora están viniendo. Total, que la gente que me visita lo hace siempre armada

de un rifle.

La mujer sonrió. Tenía una sonrisa profesional y dura, pero que no dejaba de ser agradable. Labios bien torneados por un maquillador profesional, piel bien cuidada, dientes enfundados en porcelana, como hacen los artistas, a trescientos dólares la pieza. Todo eso hacía efecto. Como hizo efecto su fina ropa interior cuando se sentó, a pesar de que la tía, como ya había notado Ray, estaba por los cuarenta y tantos.

—Podría reclamar a Lorens —dijo—. No le vendió a usted el negocio en condiciones normales, sino que puede decirse que le estafó.

—Lorens debe de estar en las Bahamas rodeado de chicas por todas partes. Cualquiera lo encuentra ahora, después de haberse embolsado el dinero y haber decidido reírse de todo el mundo. Me fié de él y ahora no me queda más remedio que apechugar. Por cierto, oiga..., ¿quién es usted? ¿No será una periodista? ¿O una cobradora, a pesar de todo?

—¿Es que vienen cobradoras continuamente?

—Sí. El otro día me vino una disfrazada de monja.

—No se preocupe. Yo no vengo a eso.

—Cualquier día me viene un cobrador disfrazado de obispo. Mire, yo ya no me fío de nadie. ¿Quién es usted?

—Me llamo Elisenda Green, pero los amigos me llaman Ely. Soy abogada especializada en separaciones matrimoniales. Lorens me enviaba muchos asuntos.

—¡Diablos! Ahora recuerdo... Es verdad, Lorens tenía algunos abogados a los que traspasaba sus líos cuando éstos llegaban a tener una forma legal. Yo trabajaba como detective para él y venía muy poco aquí, pero recuerdo su nombre. Sí... Elisenda Green.

La mujer entrecruzó las piernas. No podían compararse con las de Marta Fer, desde luego, pero aún las tenía bonitas, la puñetera.

—He venido porque quizá me interese comprar el despacho —insinuó la visitante, mientras paseaba por todo aquello una mirada crítica—. Me han dicho que usted estaba haciendo gestiones para venderlo.

—Gestiones de todas clases. Incluso he pensado ofrecerlo a la Beneficencia Pública, pero la Beneficencia Pública no lo quiere, ni aunque los gastos de desinfección corran de mi cuenta.

—¿Por qué piensa desprenderse de él?

—Porque no es lo que yo esperaba, y, además, no puedo devolver el préstamo que pedí para comprarlo. Esto va a ser la leche, oiga.

Y en seguida Ray se dio cuenta de que no estaba haciendo demasiada propaganda del negocio que pensaba vender, de modo que rectificó con voz no demasiado segura:

—Claro que esto me pasa a mí porque no tengo fondos, pero una persona que pudiera resistir los cuatro o cinco primeros meses lo levantaría de nuevo. Éste era un sitio estupendo para sacar pasta. Era la fábrica de chanchullos matrimoniales más importante de Nueva York, usted lo sabe. Quizá le interese y...

—Claro que lo sé. Yo intervenía en algunos de ellos, pero siempre a favor de los maridos. Me he especializado en eso.

—A favor de los maridos... ¿Por qué?

—Quizá porque me es más fácil. Siendo una mujer, puedo adivinar las reacciones y los fallos de las otras mujeres, y eso me permite luchar contra ellas con ventaja, en el terreno profesional. Si tuviera que adivinar, en cambio, las reacciones y los fallos de los hombres, es posible que no tuviera tanto éxito.

—Explicado de esa manera, lo entiendo muy bien. ¿Y a usted podría interesarle comprar este antro?

—Depende. No sé... Recordando el tiempo en que trabajé de acuerdo con Lorens, he sentido la necesidad de hacer una visita.

—Puede verlo todo, si quiere.

—No se preocupe... Lo conozco. ¿A cuánto ascienden, más o menos, las deudas que dejó Lorens?

—Calculo que sobre los diez mil.

—¿Y los chanchullos que resolvió al revés?

—Por lo menos una docena.

—¿Habría que indemnizar a los perjudicados?

—Es posible —confesó Ray.

—De acuerdo... Con esto ya tengo una idea más precisa. Es posible que lo piense durante el fin de semana, Ray.

El sintió que renacían sus esperanzas. Con un poco de suerte, en lugar de morirse de hambre dentro de quince días se moriría de hambre dentro de quince meses, lo que ya era una gran cosa.

—¿Dónde puedo verla? —preguntó.

—Le llamaré —contestó Ely—, pero es posible que necesite ver algunas cosas más, antes de decidirme. Son muchos los factores que influyen en la buena marcha de un negocio como éste. Ya lo sabe.

—¿Algunas cosas más? Claro que sí. ¿Cuáles...? ¿Qué quiere ver?

—Los ficheros sobre las separaciones matrimoniales en que intervino Lorens, por ejemplo. A mí me encargó los trámites de bastantes de ellas, pero no de todas. Como ése es precisamente el ramo legal a que me dedico, me interesa saber qué posibilidades de negocio hay combinando las cosas. Es decir, poseyendo una agencia de detectives que busque pruebas para separaciones matrimoniales y, al mismo tiempo, una oficina legal que las tramite ante los tribunales. Podría ser una cosa muy interesante, porque una actividad empujaría a la otra.

—Exacto —dijo Ray—. Es como uno que tiene una funeraria y se pone en combinación con un médico. La funeraria pone los entierros y el médico pone los muertos. Magnífico... En estos tiempos modernos uno se lo piensa todo, oiga.

A Ely no debió hacerle demasiada gracia el ejemplo, porque dijo fríamente:

—Yo no mato ni entierro a nadie, Ray.

—Lo comprendo. Era un modo de hablar... Por descontado que no tengo ningún inconveniente en entregarle los archivos, señorita Green. Puede consultar lo que le parezca y ver qué posibilidades tiene el asunto.

—Gracias.

—El único inconveniente es que los archivos pesan bastante. Es todo ese mueble metálico que ve ahí.

—No importa. Me cabe en la parte posterior de mi coche, que es un «Break».

—Pero hay que bajarlo.

—Mi chófer lo hará.

Y ella sacó de su bolso de cocodrilo un estuche que era en realidad un *walkie-talkie* diminuto con el que podía comunicarse con cualquiera a corta distancia. Dio una sola orden y al cabo de medio minuto el chófer entró en la importantísima oficina de detectives que ahora pertenecía a Ray, teniendo que apartar antes la pila de facturas impagadas que habían caído al suelo con un golpe

de viento. Por poco se ahoga entre ellos, el tío.

Iba uniformado, lo cual indicaba que Elisenda Green se podía permitir lujos que estaban prohibidos para la mayor parte de los contribuyentes norteamericanos. Se trataba de un joven de unos veinte años, bastante agraciado, con aspecto muy servicial, pero que no parecía un prodigio de fuerza.

—Baja esos ficheros —ordenó ella.

—Sí, señora.

Y fue a cargar con el mueble metálico, pero le resultaba casi imposible. Para aquel trabajo hacía falta un hombre mucho más fuerte que él.

Ray dijo velozmente:

—Le ayudaré.

Y fue a sujetar también los ficheros.

Pero entonces le pasó una cosa extraña.

Se encontró con la mirada helada de Ely.

Era una mirada que no parecía humana.

Había en ella tanto desprecio, tanta dureza, que Ray se impresionó, aunque hasta entonces había tenido que tocar siempre los lados duros de la vida. Aunque había tenido que ver siempre, por desgracia suya, a gentes que no estaban dispuestas a perdonar nada.

Pero una mirada como aquélla impresionaba, pese a palpar en los ojos de una mujer que aún era bonita.

—No lo toque —dijo Ely, secamente.

—¿Qué?

—No lo ayude.

—Pero él solo no va a poder...

—Deje que se las componga. Es su trabajo.

—Oiga..., ¡no me cuesta nada!

—Ni una palabra más, Ray.

La voz seguía siendo seca, cortante. La mirada se había ido haciendo más dura y cristalina cada vez.

—¿Quiere que su chófer haga prácticas para convertirse en cargador de los muelles? En San Francisco los pagan muy bien... —dijo Ray.

Ely no contestó. Y Ray hubo de asistir quieto y asombrado al tremendo esfuerzo de aquel joven que no estaba dotado para

trabajos así, y a quien el fichero le resbaló dos veces de entre las manos. Al fin pudo sujetarlo no se sabía cómo, y descendió con él las escaleras. Viendo que iba a caerse, Ray murmuró:

—Espere, yo le ayu...

—No lo haga, señor... Ella lo ha ordenado... Está bien así.

Y el chófer trató de sonreír.

Era absurdo, pero obedecía las órdenes de su dueña como si esas órdenes le vinieran del mismo Dios.

Efectivamente cayó por la escalera, logró rehacerse y al fin colocó el pesado mueble en la parte posterior del «Break».

Ray les había acompañado hasta abajo. Mientras ayudaba a cerrar la portezuela, preguntó con voz opaca:

—Ely...

—¿Qué?

—¿Por qué tiene usted a este hombre? ¿Qué busca en él?

No hubo respuesta.

Ely tomó asiento en la parte posterior del lujoso coche e indicó al chófer que arrancara. Ray recibió en los bajos de los pantalones una buena rociada de humo del tubo de escape y eso fue todo. Pero era un tubo de escape niquelado y con silenciador fabricado en Londres, de modo que no podía quejarse.

Escupió de costado y volvió a la oficina, procurando no resbalar en las facturas que aún estaban por el suelo. Sólo le hubiese faltado que encima le sirvieran para romperse una pierna.

El que estuvo a punto de romperse una pierna fue Lorens, pero por motivos bien distintos. Acababa de salir de la piscina de aguas color azul turquesa y resbaló al meterse en el ascensor que llevaba directamente desde las habitaciones a las piscinas y la playa.

La preciosa mulata que estaba de servicio en los ascensores le sujetó. Con una sonrisa que mostró sus dos hileras de dientes perfectos, preguntó:

—¿Se ha hecho daño, señor Lorens?

—No... Apenas nada. Es que iba distraído.

—Espero que lo haya pasado bien en la piscina, señor Lorens. Le he visto en compañía de una inglesa.

El viejo detective se encogió de hombros. Estaba tostado por el sol del Caribe, había mejorado de aspecto y no parecía en absoluto el tío polilla que durante años tuvo la mejor agencia de

investigación matrimonial de todo el área de Los Ángeles, sin poder tomarme jamás un día de descanso.

—Sí, es una prostituta muy joven —explicó con la mayor franqueza—, pero muy cara. Es posible que esta noche cenemos juntos; no lo sé.

Aquel monumento de carne morena que era la mulata volvió a sonreír mientras cerraba las puertas del ascensor.

—¿Va a su habitación, señor Lorens?

—Sí.

—Perfecto. ¿No me toca?

—¿Qué?

—Todos los clientes lo hacen, y usted no se ha atrevido aún. Todos quieren saber si mis encantos son artificiales o son de verdad.

—Es que realmente uno llega a dudar.

—Pues pruebe...

—¿Está eso comprendido en el precio del hotel?

—Por supuesto, señor Lorens.

—De acuerdo. Podemos probar.

El metió las dos manos porque no tenía cuatro, mientras el ascensor seguía subiendo. Luego dijo incrédulamente:

—Anda, pues son de verdad.

—Y a mejor precio que la carne de la inglesita, señor Lorens. Cuando quiera, ya lo sabe.

—Es posible que quiera muy pronto, nena.

—Está usted en forma, señor Lorens —dijo.

El, como prueba de gratitud, le dio un pellizco que la dejó temblando.

—Te avisaré —prometió.

Luego fue a su habitación. La enorme cesta de frutas que acababan de traerle destacaba sobre la mesa central. Dos pinas enormes como no las había visto en toda su vida imperaban en la cumbre de aquella especie de monumento. Más allá se veía el sol limpio, sin una nube, y a través de los enormes ventanales y de la terraza se divisaba la perspectiva azul e inmensa del Caribe.

Bostezó, estirando los brazos.

Buena vida.

Buena comida. Buenas mujeres. Tiempo libre. Aire. Sol. Espacio. Y, sobre todo, la sensación de que la Naturaleza era suya, cosa que

no le había ocurrido jamás.

Al diablo las preocupaciones del despacho.

Al diablo las liquidaciones del Banco.

A la mierda los clientes.

A la mierda el recaudador de impuestos.

A la mierda todo el pasado.

A la mierda el detective al que le traspasó un negocio que ya estaba lleno de líos hasta por encima de la chimenea.

Ahora lo importante era vivir. Y él lo estaba consiguiendo plenamente, en las maravillosas islas del Caribe, gastando a manos llenas todo el dinero que había logrado sacar de los Estados Unidos.

Volvió a respirar con esa plenitud que da el sentirse dueño del mundo. Esa plenitud que millones y millones de hombres ni alcanzan ni una sola vez..., ¡ni una sola vez...!, en sus oscuras vidas.

Tomó una banana del enorme frutero, la peló y la fue mordisqueando lentamente. Era jugosa, tierna, perfumada y fresca. Más allá, el sol rutilaba sobre el agua de las piscinas.

Lorens se asomó a uno de los ventanales y miró hacia abajo.

Y entonces vio a aquella persona. Estaba allí, junto a las piscinas.

Mirando hacia su ventana... Sí... Lorens hubiese jurado por todos sus muertos que le miraba a él.

Y no era extraño. Claro que no, puesto que se conocían. Pero lo raro era que hubiese venido allí, hasta el Caribe.

Lorens hizo una mueca.

No le gustaba encontrarse con gente conocida y que le podía hacer preguntas. Lo mejor era olvidar.

De todos modos, quizá estuviera equivocado. Quizá no fuera la persona que él creía. Por lo tanto se apartó de la ventana.

Y hubo una cosa que le ayudó a olvidar. Porque en aquel momento llamaron con los nudillos a la puerta de la *suite*.

—Adelante —dijo Lorens.

La mulata del ascensor entró. El color amarillo limón del uniforme hacía que aún destacase más la piel tostada, tensa, joven. Era una piel como la de las frutas tropicales, hecha para ser mordida.

—Justamente acabo de terminar mi servicio, señor Lorens —dijo

—, y he venido a saber si usted necesita algo.

—Pues es posible que..., que...

—Parece usted algo turbado, señor Lorens. ¿Es que ha visto en el hotel a algún conocido que no le guste?

—Tal vez.

—No es raro, porque toda la gente rica de los Estados Unidos acaba encontrándose en el Caribe. Pero si tiene alguna preocupación yo puedo quitársela, señor Lorens. Por favor, vea la mercancía.

Y se quitó la chaqueta reglamentaria, color amarillo limón. Debajo no había absolutamente nada.

Bueno, nada de ropa. Porque de lo demás..., ¡vaya!

Lorens sabía que no abundan las chicas así.

La mulata lo notó en el brillo de sus ojos. Y por eso continuó:

—¿Más?

—Más.

Fuera la falda. El viejo detective temblaba. Se volvía a sentir como un chico de veinte años.

Oyó la voz susurrante:

—¿Me quedo, señor Lorens?

—Quédate.

Y vio que ella se acercaba sinuosamente. Era lo que faltaba. Lorens se dio cuenta de que tenía la boca más seca cada vez y dijo con voz velada:

—Será mejor que nos tomemos antes unas rodajas de piña.

Sus manos se tendieron hacia la que estaba en la cúspide de la pirámide de frutas. La levantó.

Y ése fue su último gesto. No llegó a oír ni el estruendo.

Sólo pudo darse cuenta confusamente de que los cristales de la ventana saltaban hechos pedazos, en una cascada de luz. De que el cielo del Caribe giraba en torno suyo. De que el color maravillosamente azul se hacía rojo, rojo, rojo, rojo...

Todo su cuerpo se partió en pedazos al estallar la carga que estaba dentro de la pifia tropical.

Lo malo fue que también se partió en pedazos el precioso cuerpo de la mulata. Y ése sí que valía la pena.

CAPÍTULO V

La noticia llegó a Ray un día después, cuando tenía el despacho casi cercado por los acreedores, quienes estaban a punto de manifestarse por la calle llevando pancartas. Fue el teniente Conan quien se la trajo.

Conan tenía una especial cara de mala leche, aquella mañana.

Mientras le tendía un comunicado redactado por el jefe de policía de Bridgetown, murmuró:

—Ya no arreglará nunca lo de Lorens, amigo. Ya puede perder para siempre la esperanza de que él venga algún día a liquidar las deudas.

—¿Es que... ha tenido un accidente?

—Un accidente de una clase muy especial. Lo han liquidado.

—¡Infiernos! ¿Pero cómo?

—Lea el informe con atención. Parece que alguien que manejaba los explosivos muy bien abrió una hermosa pifia tropical, la vació, colocó una carga dentro y luego volvió a unir los dos pedazos con la gracia de un verdadero artesano. El percutor estaba suelto, de modo que bastaba con mover la pifia de un modo brusco para que la carga estallase.

Ray estaba terriblemente pálido. Los atentados con explosivos le ponían enfermo, no lo podía evitar. Y tenía sus razones.

—Pero eso es canallesco... —barbotó—. La víctima pudo ser cualquier otra persona, incluso una sencilla camarera.

—Por lo visto, el que preparó el atentado contaba con la gran afición a las piñas tropicales que tenía Lorens, y sabía, además, que comía siempre una, al subir de la piscina. Pero hubo una víctima inocente: una joven ascensorista mulata que estaba con él.

Ray respiró hondamente, tragando aire. Había una montaña de cosas que no lograba entender, pero aquélla era quizá la peor de todas. Lorens asesinado..., ¿por qué?

Al fin intentó comprenderlo y terminó encogiéndose de hombros. Mientras daba unos pasos por el despacho, murmuró:

—Quizá ha sido un acreedor, o uno de esos clientes a los que, en lugar de arreglarles el asunto, se lo complicó para toda la vida. Bastantes personas querían conocer el paradero de Lorens, y supongo que no era para felicitarle.

El teniente movió negativamente la cabeza.

—Todo esto está relacionado de alguna manera con las violaciones y asesinatos de Los Ángeles —murmuró.

—¿Por qué cree eso?

—No sé. Es una corazonada.

Ray evitó mirarle, mientras decía con una voz que no parecía la suya, una voz que llegaba desde muy lejos:

—Yo también he pensado lo mismo, aunque no me atrevía a decirlo. Creo que hay una relación entre las dos cosas, pero ¿cuál?

—Usted podría darme algo parecido a una respuesta, Ray —dijo Conan bruscamente—. Seguro que está pensando lo mismo que yo. Entonces..., ¿por qué no escupe toda la basura que lleva en el cerebro? ¿Por qué...?

—La basura que llevo en el cerebro es ésta —dijo confusamente Ray—. ¡Maldita sea! Hay una relación entre algo que se guardaba en este despacho y los crímenes que ha cometido ese sádico, ese loco al que ya podríamos llamar *el loco de Beverly Hills*. Pero más importante que lo que se guarda en este despacho es lo que Lorens puede recordar. Bueno, lo que *podía* recordar. Si algún día regresaba a los Estados Unidos y empezaba a recordar detalles, el monstruo podía caer. Y entonces el monstruo se ha desplazado al Caribe. Necesitaba prever esa posibilidad. Ha preparado por sí mismo un explosivo o lo ha hecho preparar por un profesional bien pagado, cosa que en estos tiempos no es tan difícil. Y ahora es absolutamente seguro que Lorens no recordará nada..., *nunca más*.

Conan asintió en silencio. Estaba claro que todo aquello coincidía casi exactamente con lo que había estado pensando él. Pero mientras encendía un cigarrillo, añadió:

—Eso indica que el monstruo de Beverly Hills, si es que vamos a llamarle así, es un hombre que calcula cada paso. A la hora de actuar puede ser un loco, pero cuando prepara sus golpes no lo es. Y tiene un cierto dinero y unas ciertas influencias, lo cual significa

que no hemos de buscar sólo por los barrios bajos de Los Ángeles. Quién sabe si el asesino al que queremos cazar está muy arriba.

—Eso es cierto —dijo Ray, pensativamente—, pero también es cierto que he revisado cien veces los archivos de Lorens y no hay nada, absolutamente nada, que valga la pena. Ni el menor indicio que pueda ayudarnos a cazar a ese loco.

—¿Alguien se ha llevado papeles, últimamente? —preguntó el teniente de un modo maquinal.

—Sí.

Conan estiró el cuello, de pronto.

—¿Quién? —preguntó.

—La abogada Elisenda Green. Quiere saber si le interesa quedarse con este negocio.

—¿Y por qué le había de interesar?

—Porque una oficina de investigación dedicada a chanchullos matrimoniales y una oficina legal dedicada a divorcios se complementan perfectamente. Los clientes de un sitio podrían ser también los clientes del otro.

—Entiendo.

—Por otra parte, no se llevó nada de interés. Los papeles que ahora están en su poder los había revisado yo cien veces.

Eran facturas y papeles relativos al movimiento digamos «comercial» de este despacho. Cosas que le podían indicar si esto podía ser negocio o podía no serlo, ¡qué diablos! Yo mismo lo había mirado todo antes de comprarle la agencia a Lorens, aunque confieso que metí la pata.

Conan hizo un leve gesto de asentimiento, mientras dejaba el cigarrillo sobre un cenicero donde había una factura. Mejor si la factura se quemaba. Luego musitó:

—Hay dos cosas seguras, Ray: el monstruo es un hombre que odia a las mujeres hasta el extremo de perder la razón cuando está atacando a una de ellas. Pero, fuera de eso, es astuto y escurridizo. No cometerá, por lo tanto, ningún error importante.

Ray dejó la mirada perdida en el vacío. Por sus párpados pasó un estremecimiento.

—Hay otra cosa segura —musitó—. Una tercera cosa segura.

—¿Cuál? ¿Qué cosa?

Ray dijo ahogadamente:

—Que volverá a actuar...

Marta Fer abrió la portezuela delantera izquierda del nuevo coche que le había dejado la policía y se dispuso a dar una vuelta, pero ahora cuando aún la noche no había caído del todo. Tomó asiento ante el volante y se extasió ante el magnífico *tablier*, llenó de botones y controles que aparentemente no servían para nada, y que, en efecto, no servían para nada, pero que eran la trampa más sutil tendida al monstruo si llegaba a meterse allí.

La muchacha encendió un cigarrillo y esperó a que se calentara un poco el motor antes de salir hacía cualquiera de las pequeñas carreteras que llevan a la sierra.

A pesar de las peticiones de Ray, no había querido dejar aquel arriesgado y, en cierto modo, siniestro trabajo. Estaba segura de que el monstruo volvería a atacar, y en ese caso existía un noventa por ciento de probabilidades de que lo hiciera con una mujer solitaria y que llevaba su propio coche.

Por descontado que Conan había decidido no utilizar más los coches deportivos, pequeños y pintados con colores chillones. Pensaba que el asesino se había enterado ya de que esos coches eran conducidos por mujeres de la policía, y por lo tanto no cometería el error de subir a ninguno de ellos.

Por lo tanto había cambiado de táctica. Las mujeres policías seguían actuando, pero ahora en coches vulgares y grandes. No llamaban la atención por ningún concepto, pero en su *tablier* había una serie de botones completamente inútiles. Lo lógico era que el monstruo los destruyera caso de entrar en el vehículo, pensando que de algún modo servían para avisar a la policía. Una vez conseguido eso, se quedaría completamente tranquilo. Y, en cambio, olvidaría el pequeño pedal que estaba junto al acelerador, y cuya existencia no podía notarse si uno no la conocía de antemano. Bastaba apretar ese pedal una sola vez para que inmediatamente fuera localizada la posición del coche y se alertara a la estación de policía más próxima.

Marta llevaba dos días saliendo con aquel vehículo a distintas horas, pero hasta el momento nada le había ocurrido. Tampoco el monstruo daba señales de vida por ninguna parte. Por lo visto, se había tomado una temporada de «descanso».

Pero no se podía abandonar la vigilancia, y por eso Marta se dirigió hacia las carreteras de la sierra. Eran cintas de asfalto bastante solitarias y donde el monstruo, pese a no haber caído aún la noche, podía pensar en atacar.

Remontó las colinas a poca velocidad. Dos chicas le hicieron señales de *auto-stop*, pero no las recogió porque eso hubiera significado echarlo a rodar todo. A un excursionista joven también lo dejó atrás. Era otra cosa lo que buscaba Marta.

A unas veinte millas de Los Ángeles tuvo un tropiezo, pero no precisamente el que ella esperaba: Vio un coche de gran potencia que estaba detenido en un aparcamiento de la carretera.

Inmediatamente se dio cuenta de que lo pilotaban dos maricas, porque iban incluso pintados. No hizo el menor caso y siguió adelante.

Pero en seguida se dio cuenta de que el coche la seguía. Era un seis cilindros muy potente y en seguida se puso a su lado. Los dos maricas le hicieron señas.

Eran señas procaces y sucias. Nada tenían que ver con el sexo, si se entiende el sexo como una actividad biológica. Eran señas que relacionaban la actividad sexual con aberraciones, como correspondía a unos degenerados de aquella clase. Marta hizo una mueca de asco y dio gas para librarse de su presencia.

Pero de nada le sirvió. El coche de sus perseguidores era mucho más potente, de modo que lo siguió teniendo tenazmente pegado a ella. Incluso en las curvas aquellos locos invadían la calzada contraria, exponiéndose a un accidente fatal, pero hubo suerte para ellos y para los inocentes que vinieran en dirección opuesta. Nadie apareció, de momento, por la carretera solitaria.

Y entonces empezó un juego infernal, un juego que destrozó en pocos segundos los nervios de Marta.

El coche de los maricas, mucho más poderoso que el suyo, empezó a darle golpes de costado para sacarlo de la carretera. Como ésta era de montaña, la muchacha empezó a sentir en la garganta la sequedad de la muerte.

Tuvo e hacer prodigios para esquivar y para dominar su coche. Hubo momentos en que consiguió adelantar y ganar una cierta distancia a sus perseguidores, pero inmediatamente éstos aceleraban y se colocaban pegados a ella, de modo que la

empujaban por detrás, como si estuvieran en un *autochoque*. Algunos de los impactos eran de tal violencia que el vehículo de la muchacha salía despedido hacia adelante y ella tenía que hacer esfuerzos increíbles para dominarlo otra vez. Sintió deseos de llorar.

Una rabiosa impotencia la ahogaba. Aquellos maricas eran peores que unos asesinos, porque no sólo podían matarla a ella. Podían matar también a cualquier inocente que viniese en dirección contraria. Podían provocar una catástrofe por la que ellos mismos hubiesen merecido la muerte.

Estuvo a punto de pulsar el pedal contiguo al del gas para avisar a la policía, pero lo malo era que ésta podría hacer bien poca cosa contra unos desalmados así. Como máximo les impondría quince días de arresto. ¿Y qué? ¿De qué serviría, además, retirarles un permiso de conducir que a lo peor ni siquiera tenían?

Le frenaron estos pensamientos y el darse cuenta de que a poca distancia había un desvío a la derecha. Era un ramal todavía más estrecho y donde no podrían adelantarla. Además, ya no había precipicios a un lado, como en la carretera principal.

Dio gas y giró bruscamente. Pensó con eso sorprender a sus perseguidores, pero no lo consiguió. Ellos giraron también como si le hubieran adivinado el pensamiento.

Marta Fer sudaba.

Su boca había quedado tan seca como un pedazo de desierto.

Pero ahora, al menos, no se mataría en cualquier curva. Al no poder tampoco colocarse a su lado, los maricas se acabarían aburriendo de aquella persecución.

De pronto los ojos de la muchacha se dilataron de horror.

Porque la carretera estaba cortada.

Una barrera sólida y que le era imposible atravesar decía: «*Stop*. Peligro».

A la derecha había una casa.

La casa era grande, vieja, altiva y sólida.

Un destacado letrero junto a ella decía: «En venta».

Marta frenó de pronto.

Fue un movimiento forzoso y casi maquinal. No podía hacer otra cosa. Las ruedas posteriores patinaron bruscamente en la gravilla, mientras el coche daba un bandazo hacia la casa.

Y ahora sí que Marta Fer pulsó de golpe el pedal que servía para

reclamar auxilio. Pero todos sus músculos se crisparon mientras sentía hasta el fondo mismo de los nervios un estremecimiento de horror.

Porque aquel pedal... ¡estaba suelto! ¡No estaba unido al cable que conectaba con el oculto aparato de radio! ¡Alguien lo había cortado antes de que subiera al coche Marta Fer! ¡Todo estaba preparado!

¡Era una sucia encerrona!

¿Pero de dónde venía? ¿Quién la había preparado? ¿Por qué?

Todos estos pensamientos se agolparon en el cerebro de Marta Fer mientras veía descender a los dos maricas. No llevaba armas, porque la policía había considerado que era peor, ya que podían usarlas tal vez contra ella misma. Los dos tipejos, en cambio, llevaban navajas.

Eran basura.

Eran ratas de la gran ciudad. Sus ojos parpadeaban porque parecían sorprendidos de haber podido salir de la alcantarilla.

Pero Marta supo, desde el primer momento, que no iban a violarla: los maricas son los peores. No quieren a una mujer para un rato, sino que la consideran un objeto al que hay que humillar y destruir. En sus ojos saltones no se leía el deseo, sino una sucia burla.

Marta Fer intentó saltar del coche y huir a pie.

No pudo.

Inmediatamente una de las navajas se posó en su garganta.

—Quieta, guarra.

Ella se estuvo muy quieta, sin atreverse ni a respirar.

—Queremos ver cómo vas vestida por dentro.

—¿Qué?

—He dicho que queremos ver cómo vas vestida por dentro.
¡Súbete la falda!

Ella lo hizo.

La visión hubiese enardecido a cualquier hombre.

Pero los dos maricas no se impresionaron ante eso. Curiosamente, lo que les fascinaba era otra cosa. Uno de ellos dijo:

—¡Uy, qué ropa más fina...!

Sentían envidia.

Sus bocas entreabiertas sus miradas viscosas daban un asco

difícil de definir.

Marta se desabrochó el vestido, queriendo, ganar tiempo desesperadamente, mientras calculaba el modo de llegar a la casa y cerrar la puerta. Sólo allí podría estar a salvo, porque los maricas no montarían un cerco durante toda la noche.

Quería distraerles.

Entonces, Uno de aquellos miserables, intentó abrirle las mejillas de un navajazo.

Tapándose como pudo y dominando un grito de horror, salió del coche y echó a correr hacia la casa mientras los maricas reían estruendosamente. A juzgar por sus carcajadas, para ellos el espectáculo debía ser lo más excitante del mundo. Pero al menos había una cosa buena y esencial para Marta Fer: no la perseguían.

Más suerte todavía.

La llave estaba puesta por dentro.

Al menos ahora las cosas se ponían a su favor. Marta cerró y se guardó la llave en un bolsillo, no fuera que entrasen por otro sitio y se la llevaran. Luego recorrió como una loca todas las habitaciones, en una carrera delirante y angustiada, para revisar todas las ventanas de la planta baja.

El sudor la empapaba.

Seguía teniendo la garganta tan seca que le era imposible respirar.

Pero las ventanas estaban cerradas y con las persianas metálicas abajo. La oscuridad reinaba en las piezas. La seguridad era perfecta.

Sólo entonces se relajó Marta por unos momentos, pero fue para tener conciencia de lo nauseabundo y lastimoso de su estado. Aunque había salvado su cara, estaba empapada de sudor hasta el cuello.

Sufrió una arcada y estuvo a punto de vomitar. Lo primero que hizo fue quitarse el vestido porque no podía soportar más aquello.

Su cuerpo tentador quedó al aire.

Era mejor que una modelo del *Playboy* o del *Penthouse*.

Pero el líquido la había empapado, de modo que tuvo que quitarse también toda la ropa interior, quedó desnuda y sin más prendas que los altísimos zapatos.

Pero se sentía mejor así. Ahora lo único que necesitaba era lavarse, encontrar un sitio donde poder darse una ducha.

¿Y por qué no un buen golpe de manguera?

Pensó eso porque, a través de una de las puertas abiertas, podía distinguir un garaje. Seguro que allí había una manguera para limpiar los coches, y entonces ella podría empapurrarse de agua.

Avanzó poco a poco.

En efecto, había una manguera.

La tomó entre sus dedos, dio vuelta al grifo y recibió en todo el cuerpo un chorro abundante, benéfico y fresco. Mientras tanto, los maricas ya debían haberse ido, porque no se oía nada en el exterior. Marta Fer abrió mucho la boca, recibió en ella el chorro de líquido, lo escupió, se sintió limpia, purificada, libre...

Y entonces sus ojos giraron por la gran estancia.

Y entonces lo vio.

Era extraño.

No tenía nada de anormal.

Era un coche pequeño, deportivo, negro. Quizá un «Volvo» o un «Porsche», no lo sabía bien.

No llamaba especialmente la atención, a no ser por una cosa. Todo el interior era distinto de los otros coches. Todo el interior, desde el suelo a los asientos, desde el volante hasta el *tablier* estaba enteramente forrado de plástico.

Como para poder limpiar cualquier cosa en él.

Como para poder limpiar, por ejemplo, las manchas de sangre. Limpiar la sangre a golpes de manguera.

CAPÍTULO VI

Marta Fer sintió otra vez lo que ya había sentido antes. Que le era imposible respirar y que se le secaba espantosamente la boca.

Y eso que la había empapado de agua.

Todos los poros de su cuerpo se erizaron.

Los ojos se le salieron de las órbitas.

Porque empezaba a comprender, aunque el pensamiento era tan horrible que daba vueltas y vueltas sin atreverse a penetrar en su cabeza.

¿Todo podía haber estado preparado para llevarla allí?

Pero... *¿para qué?*

Poco a poco el sudor volvió a resbalar por su cuerpo.

El agua ya no importaba. Oía el ruido de la manguera como si sonase en otro planeta, a miles de años luz de distancia.

Fue a la puerta del garaje.

La llave de la puerta por la que entró la había dejado abandonada con el vestido, de modo que lo más cómodo sería salir directamente por el garaje y en paz. No le importaba estar desnuda ni encontrarse con los dos maricas otra vez.

Eso ya le parecía lo de menos.

Pero de pronto se detuvo aterrada. La puerta del garaje no había modo de abrirla. Seguro que funcionaba con combinación o con una célula electromagnética.

El frío le invadió el cuerpo.

Volvió sobre sus pasos.

No todo estaba perdido, puesto que había un sistema para salir de allí. Volvería al lugar donde dejó su vestido y buscaría la llave.

Anduvo.

Oía también sus pasos como si sonaran en otro planeta.

Y vio la puerta, pero..., ¡pero su vestido ya no estaba allí!

¡Se lo habían llevado!

¡Por lo tanto ella no estaba sola en la casa!

Miró en torno suyo.

La luz se iba haciendo más incierta, minuto a minuto. La oscuridad, en la casa cerrada, lo llenaba todo.

El silencio era angustioso.

Lo único que ella captaba era el aleteo de su propia respiración.

Pero la miraban.

Estaba seguro de que la miraban...

¡Los ojos del monstruo ya se habían clavado en ella!

Y entonces oyó los pasos. Eran quedos y solemnes.

Pasos que parecían llenar la casa. Pasos que sonaban en todas partes...

Y que se acercaban hacia allí.

A Marta Fer, pese a todo su valor, le hacía daño su propio corazón. Necesitó llevarse las manos al pecho. No podía apartar de su imaginación los cuerpos que había visto en la Morgue, los cuerpos destrozados, descoyuntados, deshechos...

Y ella iba a ser uno más.

Notaba el sudor pesando en sus párpados.

Se ahogaba.

La oscuridad era ya completa.

Y entonces se dio cuenta, con horror, de que la trampa era más perfecta, más sutil y cruel de lo que jamás pensó.

Porque si llevaba varios minutos oyendo los pasos..., ¿por qué éstos siempre sonaban en los mismos sitios y, encima, en más de un sitio a la vez? ¿Por qué el monstruo no había llegado aún?

Todo tenía una explicación bien clara..., ¡porque los pasos que oía eran enviados al aire por medio de un equipo estereofónico!

Pero el monstruo estaba en otro sitio...

Quizá detrás...

¡DETRÁS!

Fue entonces cuando Marta Fer notó que un bastón o una barra metálica (no pudo precisarlo) se posaban en su espalda. La «cosa» empujó, la obligó a inclinarse hacia adelante.

No hubo ni una palabra.

De pronto la luz iluminó de lleno a Marta, que hasta entonces había estado hundida en la oscuridad. Era una luz deslumbradora, pero estaba a demasiada altura para resultar normal. Marta se

volvió con un grito.

Y entonces la luz cegadora la deslumbró por completo. Tenía tanta potencia como la de los faros de un coche.

No pudo ver nada, pero, se dio cuenta de una cosa: aquella luz estaba montada como una lámpara de minero, o sea que se sujetaba a la cabeza de su agresor. Por lo demás, no se distinguía ni un relieve.

El bastón golpeó en las piernas a Marta.

Ésta sintió que iba a caer, y en aquel momento la voz llegó por todas partes. La rodeó completamente. Su pensamiento estaba nublado, pero la muchacha se dio cuenta de que procedía también del disimulado equipo estereofónico.

Era una voz ronca, lejana, impersonal y carente de sexo.

—De rodillas —ordenó.

Ella temblaba.

Por primera vez su valor se había disuelto. No podía más. Se daba cuenta de que era una mujer sola perdida en el mundo, perdida en el olvido.

Las fuerzas la habían abandonado.

La desesperación la ahogaba.

Obedeció y se puso de rodillas.

La voz llegó de todas partes otra vez.

—Sostente apoyando la cabeza en el suelo.

Era espantoso, pero se sentía completamente derrotada. Obedeció de nuevo.

La sensación de verse tratada como un muñeco mecánico la humilló y estuvo a punto de hacerla saltar, pero el miedo pudo más. Se daba cuenta de que todo estaba perfectamente preparado. El monstruo actuaba según la voz de la cinta magnetofónica, que había grabado previamente y cuyos tiempos tenía calculados al segundo.

Era como si la hubiesen metido en un universo del cual no podría salir ya nunca más. Un universo donde brillaban ya las llamas del infierno.

Obedeció también.

Iba a suceder una cosa horrible.

Y ella lo sabía.

Pero se sentía impotente y hundida en un pozo sin fondo. Nadie

iba a ayudarla. No podía tampoco ayudarse a sí misma. Y le dominaba además el estupor de saber que nunca pensó que aquello le fuese a ocurrir precisamente a ella.

Lanzó un gemido.

Oyó que algo se deslizaba a su espalda.

Su cuerpo fue recorrido por una crispación de asco y de miedo. Pero era eso mismo lo que la inmovilizaba. El secreto del monstruo era que daba tanto miedo y tanto asco como las serpientes. Llegaba a hipnotizar.

Marta estaba llorando. Le daba vergüenza, pero estaba llorando.

Y entonces «aquello» ocurrió.

Notó el contacto de algo monstruoso, indefinible.

Inhumano.

Dañino.

Aquello la destrozaba y provocaba un río de sangre.

Sus ojos se desorbitaron.

La boca se le torció en un espasmo.

Chilló.

Chilló... ¡CHILLO!

Pero sus gritos espasmódicos se perdieron en el vacío de la nada, en el suave vacío de la muerte.

CAPÍTULO VII

El «Thunderbird» que había alquilado Ray se comía la carretera como si ésta se volatizara bajo las ruedas del coche. No respetaba las limitaciones de velocidad y adelantaba como un suicida, pero eso le importaba poco. Para él sólo existía el pensamiento obsesionante que estaba clavado entre sus ojos como una aguja envenenada.

Sabía que Marta Fer no había querido dejar de servir de cebo por cuenta de la policía. Para ella sólo existía un deseo: que el monstruo cayera. Y a ello lo subordinaba todo, incluso su propia vida.

Por eso Ray la vigilaba. Por eso, durante las noches en que salió, él la había estado siguiendo.

Esta vez, sin embargo, la había perdido de vista. Cuando llegó a las cercanías de la casa de la muchacha, ésta ya había salido. Lo único que pudo decirle el empleado de la gasolinera más próxima era que le llevaba unos diez minutos de ventaja y que había tomado la ruta de la sierra.

Pero ¿qué ruta? ¿Cuál exactamente?

La intuición de Ray se lo dijo un momento después: la ruta menos frecuentada. El sitio donde un sádico pudiera pensar que estaba seguro para poder lanzarse a la acción.

Ray giró hacia allí.

Dio gas.

A la mierda los reglamentos. A la mierda la policía.

Lo importante era llegar.

Cuando llegó a la carretera que serpenteaba entre las colinas tuvo miedo de haberse equivocado, pero notó ante él algo que le llamó la atención: había gruesas marcas de neumáticos en el suelo, como si dos coches hubieran estado frenando, acelerando y dándose golpes suicidas al borde mismo de la carretera.

Claro que la muchacha no era una loca. Marta no podía haberse prestado a un juego semejante. ¿Pero y si la habían forzado a ello?

Unas gotitas de sudor nacieron en las comisuras de los labios de Ray.

Dio más gas.

Y una milla al fondo descubrió algo que le hizo lanzar un grito: un embellecedor de una rueda había saltado y estaba abandonado en mitad de la carretera. No necesitó mirarlo ni diez segundos para darse cuenta de que era el embellecedor de una de las ruedas del coche que usaba Marta.

Por lo tanto había pasado por allí.

Dio más gas hasta convertir el coche en un bólido suicida.

La carretera desaparecía bajo sus ojos, pero por un momento dejó de ver las marcas de los neumáticos que seguían dando bandazos. De pronto tuvo que dar un brusco golpe de volante porque aquellas marcas se desviaban hacia una pequeña carretera lateral.

Su bólido chirrió.

Estuvo a punto de salirse del asfalto.

Pero consiguió enderezarlo y seguir a una velocidad suicida por la estrecha carretera que al menos tenía una ventaja: a sus lados ya no había abismos. Una espesa vegetación en los flancos ocultaba casi el paisaje hasta que de pronto se encontró con aquella barrera.

Y la casa que ponía «En venta».

Y un coche detenido allí.

Y dos tíos.

Dos maricas pintados que se estaban dedicando a sus labores.

Ray respiró hondamente.

Bajó poco a poco del coche.

Los dos maricas volvieron la cabeza hacia él.

Y sus reacciones fueron bien contradictorias. Uno dijo ilusionado:

—¡Qué bien! ¡Un macho! Y el otro dijo con desdén:

—¡Qué asco! ¡Un macho! Ray masculló:

—¿Os ponéis de acuerdo?

Los dos rieron lentamente.

—Todo depende de en qué plan vengas, rey.

—Nosotros somos unos cochinitos.

—Pero la sabemos larga...

Ray dijo con voz opaca:

—Quiero saber dónde está la chica.

—¿Qué chica? —preguntó uno.

—¿Pero tú estás loco o qué? —farfulló el otro.

Intentaban disimular aún mientras se acercaban a él, uno por cada lado. Ray señaló con un gesto negligente otro coche al que acababa de echar el ojo, el abollado automóvil de Marta que habían situado medio oculto detrás de la casa, quizá para hacerlo desaparecer más tarde.

Y preguntó de nuevo con voz opaca, impersonal, como si no le atravesara el menor sentimiento:

—¿Dónde está?

Los dos lanzaron a la vez. Empuñaban navajas y las movieron con habilidad. Hubiesen acabado con Ray caso de no estar éste esperando la acometida.

Pero en el instante en que las navajas se cruzaban sobre su vientre, saltó hacia atrás. Las dos hojas de acero brillaron a la luz incierta de la luna y de las luces de situación del coche de los dos mamones. Ambos lanzaron un grito al ver que habían fallado, sin darse cuenta aún de lo que estaba pasando.

Tenían delante a un enemigo dispuesto a todo.

Pero aún no lo sabían.

Uno de ellos intentó cambiar la dirección de su ataque, flanqueando por la izquierda.

Fue el primero en moverse.

Y fue también el primero en sentir el infierno.

Un terrible punterazo al bajo vientre le dejó sin respiración. No es que allí tuviera gran cosa, pero lo poco que tenía le hizo daño, mucho daño. Gimió como una mujer mientras las rodillas se le doblaban.

Por un momento quedó fuera de combate.

Pero su compañero trató de sustituirle.

Se había movido con rapidez, queriendo rasgar a Ray desde el ombligo hasta el pubis. Era un típico golpe de marica, una especie de «marca» por la que lanzó un chillido anticipado de placer. Pero en lugar de eso se encontró con dos manos de hierro que le sujetaban la muñeca derecha y la volteaban como si fuese un

pedazo de cuerda.

Se oyó un terrible alarido.

El cuerpo del marica salió despedido por encima de las espaldas de Ray. Y su brazo derecho se partió en dos pedazos.

Al caer al suelo estremeciéndose de dolor, aquel tipejo aún tuvo el suficiente conocimiento para huir. Debió de pensar que, al fin y al cabo, no le pagaban para tanto. Gimiendo y lanzando una serie de grititos inarticulados, echó a correr hacia el bosque.

Ray lo hubiese perseguido, pero le quedaba el primer enemigo, que se estaba rehaciendo. Vio que intentaba sacar de un bolsillo una pequeña «Baretta» del 7,62.

Y ahora sí que Ray ya no tuvo piedad. Era su vida o la del otro.

Se arrojó sobre él, sujetándole con las dos manos el brazo derecho antes de que pudiera disparar.

Los dos rodaron por tierra.

Se oyó un chasquido y un grito gutural que casi llegó al otro lado de la colina.

También el brazo derecho de aquel hombre se había roto en dos pedazos. La «Baretta» resbaló al suelo.

El marica intentó recogerla como fuese: con la boca.

—Pero ¿es que también vas a comerte la pistola? —masculló Ray.

Y le dio un golpe bajo el pabellón nasal con los bordes de las dos manos unidas. Sabía muy bien que aquel impacto, típico de los «comandos» en guerra, era mortal. Por fuera no se notó nada, excepto un poco de sangre en la nariz, pero por dentro se había resquebrajado la base del cráneo. El enemigo de Ray quedó quieto, con los ojos en blanco y, a partir de aquel momento, ya no fue más que una especie de vegetal con un corazón que aún latía. La muerte no tardaría ni diez minutos en llegar, y Ray lo sabía.

—Ahora te metes la lengua donde te quepa —dijo sin la menor piedad.

Y avanzó hacia la casa con una pesada y mortífera lentitud. Con la mortífera lentitud de un tanque.

CAPÍTULO VIII

Marta Fer chilló desesperadamente. La sensación de impotencia fue tan angustiada que le impidió moverse, como si sus rodillas estuvieran atornilladas en el suelo.

Pero había algo más doloroso aún, y era el pensamiento que atenazaba su cerebro; aquello no podía ser una criatura humana. No podía ser...

¡NOOOOO!

Fue incapaz de decir si había lanzado el grito o bien el grito acababa de sonar solamente en las profundidades de su cerebro. La desesperación fue tan angustiada que se puso a llorar.

No era ya una mujer.

Era algo menos que una «cosa»...

Además había caído en la trampa. Ella que tanto luchó contra el monstruo, estaba en su poder. Iba a ser la más despedazada de las víctimas. El suplicio sin nombre, que iba a ser inaguantable, empezaba precisamente ahora.

Y entonces fue cuando fuera oyó los gritos.

Y cuando su misterioso agresor se dio cuenta, también, de que algo pasaba.

No era una pelea entre los dos maricas; era algo mucho más grave. Uno de los gritos había sido un auténtico aullido de muerte.

Entonces el monstruo se apartó. La muchacha cayó del todo al suelo, retorciéndose de dolor pero también de sorpresa, mientras los ojos se le llenaban otra vez de lágrimas.

Oyó a su espalda algo parecido a una maldición, pero pronunciada con voz ininteligible. Y en seguida un ruido que hizo saltar todos sus nervios a la vez.

Detrás suyo estaban montando una pistola. El chasquido de la corredera fue inconfundible. Estaba claro que, al ver que no podía consumir su miserable propósito... ¡el monstruo iba a matarla!

La muchacha dio una rapidísima vuelta sobre sí misma.

Era ágil y fuerte. Eso le permitió moverse con la velocidad de una atleta.

Y aquel movimiento le salvó la vida, porque la bala llegó apenas un segundo después. El plomo rebotó en el suelo, justo en el sitio donde acababa de estar tendido el cuerpo de Marta Fer.

La oscuridad favorecía a ésta, porque el misterioso asesino apenas podía verla. Sin embargo disparó otra vez y la bala, en el rebote, produjo una rozadura en uno de los muslos de la muchacha.

Y entonces se abrió una de las puertas de la casa.

Ray acababa de entrar.

Se oyó un gruñido a espaldas de Marta y sonó un nuevo disparo. La bala atravesó la puerta, sin dar en el blanco, mientras Ray hacía fuego, a su vez, con la «Baretta» arrebatada al enemigo muerto. Tampoco pudo dar en el blanco a causa de la oscuridad.

Pero unos pasos apresurados indicaron que el monstruo huía. Los pasos iban hacia el garaje donde ella había visto, poco antes, el coche enteramente forrado de plástico por dentro.

Marta gritó, tratando de indicar a Ray la dirección.

Pero la casa estaba a oscuras y, además, Ray no la conocía. Le pareció mucho más importante tomar por las axilas a la muchacha y sacarla medio a rastras de allí.

La débil luz exterior le permitió ver que estaba completamente desnuda. Le permitió comprobar, además, que la sangre resbalaba por la parte inferior de su cuerpo, aunque Marta trataba de disimularlo con un sentimiento de vergüenza.

—¿Puedes andar?

—Creo que..., que sí.

—Espera. Te llevaré al coche.

La dejó tendida en el diván posterior y él se sentó ante el volante, arrancando a toda velocidad. Por un lado, aún pensaba alcanzar al monstruo fugitivo, y por otro no estaba dispuesto a que lo encontraran junto a un cadáver. Al menos eso lo consiguió porque, pocos minutos después, ya estaba a varias millas.

Se detuvo a cierta distancia de un restaurante de carretera. Estaban en un sitio muy discreto, pero la luz llegaba con la suficiente nitidez para que pudieran verse dentro del coche y notar, además, si alguien se les aproximaba.

Ray se volvió entonces.

—Por favor, Marta —susurró.

Ella aún lloraba.

—No quiero que..., que me mires —bisbiseó tratando de evitar que Ray viera su estado.

No era por un falso sentimiento de pudor, sino porque en este momento debía sentir una especie de asco de sí misma, como si el monstruo la hubiera manchado para siempre. Ray supo comprenderlo.

Le dio su americana para que se cubriese.

—Y ahora, por favor, explícamelo, Marta —susurró—. Sé que esto es espantoso para ti, pero tienes que hacer un esfuerzo. Cualquier dato, por mínimo que sea, puede ser interesante.

Marta se había sentado. Ya se iba sintiendo un poco mejor. Con voz que era un susurro le explicó todos los detalles de la encerrona.

No omitió ninguno, ni siquiera los más dolorosos.

Ray la escuchaba en silencio, sin poder evitar que una mueca de angustia cruzara su boca.

—¿Llegó a consumir su intento? —musitó.

—Iba a conseguirlo cuando tú entraste. De todos modos tuvo tiempo suficiente para hacerme daño. Pero pienso que hubiera sido muchísimo peor si no llegas a tiempo. Es..., es monstruoso.

—O sea que se confirma lo que piensa el teniente Conan...

—Sí.

La voz de Marta era ahogada. Aún evitaba mirarle.

—Hay dos cosas que me dan que pensar —dijo él—. Al margen de esa monstruosidad, y que es la pista mejor que tenemos, el sádico no quiere que le reconozcan la voz. Por eso empleó una cinta grabada y un sistema de hi-fi distribuido por la casa.

—¿Es que crees que la casa era suya? Estaba en venta...

—No, no era suya, pero quizá dijo que iba a comprarla y pidió que le dejaran verla con más detalle. Eso le permitió entrar y colocar una instalación que, de todos modos, es sencilla. Pero al margen de que no quiere que oigan su voz, hay otra cosa que me llama la atención.

—¿Cuál?

—Por lo que tú explicas, no te tocó con las manos. Marta entrecerró los ojos.

De pronto la recorrió un espasmo, como si se diera cuenta de aquel detalle en el que no había reparado antes.

—Es cierto —dijo—. Ahora me doy cuenta... No me tocó. Se limitó a pasarme un dedo por encima, pero sólo un dedo. Lo natural era que...

—Sí. Que te hubiera puesto las manos en lugares comprometidos, por ejemplo. Pero no lo hizo. Perdona que insista, Marta, pero eso tiene la mayor importancia. Quizá a ese hombre le faltan uno o más dedos en las manos y pensó que tú podías darte cuenta. Marta suspiró, como si de pronto llegase a ella un rayo de luz. —Es cierto...

—Tenemos, por lo tanto, varias pistas que hace muy poco no teníamos —dijo Ray, recapitulando la situación—. Aparte la peculiaridad citada está la voz, que debe ser muy peculiar, como la tienen, por ejemplo, las personas operadas de la garganta; está el detalle de que hablé de comprar la casa; está el detalle de las manos donde debe faltar algún dedo; y, por fin, está el detalle de que el monstruo se puso de acuerdo con dos maricas para llevarte hasta la casa. Uno de ellos aún está vivo, y si lo encontramos... ¡hablará!

Puso el coche en marcha y añadió:

—Por lo pronto te llevaré a una sastrería teatral del centro, de las que están abiertas hasta medianoche, para que te compres algo de ropa. Luego daremos la alarma general a la policía, porque con un brazo roto ese marica ha tenido que ir a algún médico. Quizá esta misma noche tengamos resultados, Marta... ¡Adelante!

La pista del marica era la más segura a aquella hora, porque con los propietarios de la casa en venta, que habían encargado la gestión a una agencia inmobiliaria, no se podría hablar hasta la mañana siguiente. Y Conan, una vez recibido el aviso de Ray, movilizó a todos sus hombres tras aquella pista.

Fueron repasados los consultorios, los hospitales, las salas de urgencia, los médicos particulares, los practicantes que sabían entablillar una fractura... Al fin hubo suerte. Eran ya las cinco de la madrugada cuando surgió de entre las sombras de la ciudad el doctor Henees, que era, precisamente, un especialista en maricas.

—Les curo las heridas cuando se pelean entre ellos —explicó, con los ojos cargados de sueño, en la Brigada de Homicidios de Los Ángeles—, porque si fuesen a un médico cualquiera tendrían que confesar muchas cosas, y eso no les gusta. Algunos son masoquistas y reciben unas palizas tremendas..., aunque las reciben a gusto. Otros «se pasan» en sus entusiasmos eróticos y hay que reparar esos excesos. No crean que es un trabajo fácil, pero el marica resulta un cliente fiel, se lo aseguro...

El tío tenía un aspecto cansado, huido. Las gafas de alta graduación daban a sus ojos el aspecto de los ojos de un pez. Pero soltó el dato esencial, el nombre capaz de hacer que el monstruo de Beverly Hills cayera para siempre en unos pocos minutos.

—Sí... Ese marica con el brazo roto ha venido a verme después de medianoche... —confesó—. Le he prometido guardar secreto, pero no quiero líos con la policía y por eso hablo. El marica se llama Evans. Es también un exhibicionista de esos que van por las puertas de los colegios. Un enfermo, pero, increíblemente, no ha estado detenido ninguna vez. Vive en Flamingo Road, en el número 211, pero tienen que darse prisa si quieren echarle el guante y hacerle hablar, porque me dio a entender que se largaría de Los Ángeles. Oigan... Por lo que ha hecho no le cargarán muchos años, ¿verdad? Es un tío que paga siempre...

Conan dijo con voz opaca:

—Por lo menos en cien semanas no va a poder pagarle, doctor, eso se lo juro.

Y empezó a lanzar maldiciones mientras ponía a todos sus perros de presa en movimiento.

Evans estaba reuniendo sus cuatro cosas, pensando cerrar su equipaje en cinco minutos como máximo. El hecho de poder usar una sola mano, la izquierda, pues tenía el brazo derecho enyesado, no le impedía desplegar una enorme rapidez. Cuando hubo terminado, echó un vistazo al apartamento que quizá en mucho tiempo no volvería a visitar y por poco no le saltan las lágrimas a los ojos.

A su manera, era un sentimental. Allí había recibido a sus mejores amigos en el «arte», y éstas son cosas que nunca se olvidan.

Tomó el dinero que tenía.

No iba a poder conducir el coche debido a su brazo roto, pero

estaba seguro de llegar a tiempo para tomar el coche de línea que llevaba hacia el norte, a San Francisco, a lo largo de la costa. Tomó la maleta y se dispuso a salir.

Llegó a la sala de estar, donde una sola lámpara encendida proyectaba una legión de sombras. Y entonces lo vio.

Los pies detenidos en el umbral de la puerta.

Las manos quietas.

Los ojos...

Evans sintió frío en los huesos, en la sangre.

El era, ahora, el único que conocía el secreto del monstruo. El podía hundirlo para siempre con una sola frase, quizá con una sola palabra. Porque esa sola palabra sería tan definitiva que toda la policía de Los Ángeles caería sobre la pista en menos de un segundo.

Pero eso fue lo que le dio miedo.

El era el único que lo sabía...

Y en el mundo del crimen más vale no saber. En aquel mundo repulsivo del que ahora se daba cuenta por primera vez, todo era una inmensa ciénaga. Sintió asco y pena, una especie de asco y pena que no había sentido jamás.

Y entonces oyó la voz:

—Lo siento, Evans. De todos modos tenía que acabar contigo.

El fogonazo le dejó instantáneamente ciego.

La bala le había penetrado entre los ojos. No hubo el menor ruido. Con el silenciador acoplado al cañón, no se produjo más que un leve petardeo.

Y Evans tampoco hizo ruido. Cayó delicadamente sobre una butaca, mientras la cara se le cubría de sangre.

Luego los zapatos giraron lentamente sobre sí mismos. El último cuerpo humano que Evans había visto en su vida se perdió entre las sombras.

Y en la habitación se produjo el silencio, un silencio que ya era roto por las sirenas de la policía.

Pero también en esta ocasión la Brigada de Homicidios de Los Ángeles, como ocurre casi siempre, iba a llegar demasiado tarde.

CAPÍTULO IX

El capitán Ullman, jefe de la brigada, paseó por el amplio despacho con las manos a la espalda, sin poder evitar que la cabeza se le hundiera entre los hombros y que sus pasos fuesen los de un viejo. Estaba pasando por uno de los peores momentos de su vida, y él lo sabía, pero tenía que hacer un esfuerzo desesperado para llegar hasta el fin. O eso, o dimitir. Y el fin podía estar aún muy lejos, tan lejos que...

Mirando alternativamente a los casi cuarenta detectives que estaban en el despacho, uno de los cuales era Ray, murmuró:

—No cabe duda de que el monstruo al que estamos buscando tiene un enorme complejo de inferioridad. Por las razones que sean, odia a las mujeres y sabe que nunca podrá colocarse a la altura de la mayoría de ellas. Por eso las humilla, las mata y las destroza. Sabemos también que puede tener un defecto en las manos y la voz. Todo eso son pistas que nos pueden llevar a algún sitio, pero yo doy mucha más importancia a la pista «moral», a la que radica en el carácter de ese hombre.

Miró a Ray y añadió:

—En una época u otra, ese asesino tuvo contacto con Lorens, como lo prueba el hecho de que se haya preocupado de matarlo. En consecuencia la policía se ha tomado un trabajo inmenso, un trabajo que, sin embargo, estamos a punto de acabar.

Señaló a través de la ventana la calle que ya se iba llenando de tráfico y murmuró:

—Dentro de un par de horas, cuando se abran las oficinas, sabremos con quién trató la agencia inmobiliaria encargada de vender la casa en la que Marta Fer fue asaltada. Pero mientras tanto voy a hablar de los resultados obtenidos, y que son los siguientes: han sido examinados los antecedentes de casi ochocientos hombres distintos que en los tres últimos años estuvieron en el despacho de

Lorens, el que ahora es suyo, Ray. Partiendo de la base de que alguno de ellos puede ser el monstruo, hemos revisado las vidas de clientes, de cobradores, de chivatos y de abogados que desfilaban por allí. El primero es un tal Collins, que seguía un caso de divorcio. El último es Kelly, el chófer de la abogada Elisenda Green, que estuvo en el despacho hace muy pocos días.

—Sin duda ha sido un trabajo inmenso —dijo uno de los policías—, pero ¿hay resultados ya?

—Desgraciadamente, ninguno. Todos esos hombres tienen un carácter que podríamos llamar «normal». El único que puede odiar a las mujeres es el chófer de Elisenda Green. Tiene motivos para ello.

Todos los cuellos se tensaron y los detectives prestaron un súbito interés. El capitán continuó:

—Por razones que ignoro, esa mujer le somete a un trato absolutamente inhumano. Lo curioso es que Kelly, un hombre joven y bien parecido, podría encontrar trabajo en otro sitio, pero no lo busca. Un ligamen de tipo misterioso, quizá una relación de tipo sadomasoquista, le mantiene unido a Elisenda Green. Nunca se separa de ella, y sin embargo...

—¿Sin embargo qué? —preguntó Ray.

—Sabemos que no hay entre ellos ninguna relación sexual. Elisenda Green lleva una vida muy retirada y no recibe hombres. Supongo que desprecia a todo el mundo y no admitiría de su chófer la menor familiaridad. Pero puede darse el caso de que, aun sin relación sexual, el sentimiento masoquista de Kelly se complazca ante los malos tratos morales. Eso no le impediría, sin embargo, odiar a las otras mujeres, odiarlas con toda su alma.

—¿Y eso le inclinaría a matar? —preguntó alguien.

—Según los expertos que he consultado, es posible que sí —opinó el capitán.

Hubo un murmullo. Uno de los detectives dijo entonces:

—Pero ¿por qué no dejó que Marta oyera su voz?

—Porque es posible que la hubiera reconocido. No olvidemos que Marta Fer es detective privado, y Elisenda, que siempre va con su chófer, tuvo algún contacto con ella.

Seguro que Marta conoce a Kelly.

—¿Y las manos? ¿Por qué no la tocó?

—Es algo que no está claro aún —dijo el capitán—, pero también puede existir una razón. Aquí tengo la ficha militar de Kelly, la que le hicieron cuando quiso ingresar en la Marina. Le falta una falange de un dedo, y no fue admitido por eso.

Los murmullos se reprodujeron. Ahora todos sabían que estaban sobre una pista firme. Sólo faltaba que abrieran las oficinas, que se conociese un dato más para qué en todos los rincones de Los Ángeles se desatara la caza del hombre.

—Quiero que cada uno de ustedes ocupe su puesto —recapituló, al fin, el capitán—. He concentrado a toda la brigada porque han de estar vigilados los caminos, las costas, el puerto, el aeródromo, los clubs náuticos, los propietarios de avionetas particulares... En fin, todo. Ese hombre tratará de huir porque sabe que estamos sobre su pista. Y no nos podemos exponer ya a otro fracaso, ¿han entendido? ¡Ningún fracaso!

Aquellas palabras fueron como una orden seca que los puso en movimiento. En cuestión de segundos, la sala se vació. Sólo Ray quedó pensativo junto a su asiento.

Pero, al fin, movió la cabeza lentamente.

Sabía que lo que el capitán Ullman había dicho podía ser verdad.

Puso un cigarrillo entre sus labios y salió del enorme despacho. Una hora después, se había perdido entre la lívida luz del amanecer sobre Los Ángeles.

La chica estaba allí, junto a la puerta de su oficina, pese a que aún no era hora de abrir. Al principio Ray la tomó por una acreedora que tenía más paciencia que las otras, pero luego se dio cuenta de que la conocía. En silencio se sentó a su lado, en las mismas escaleras que daban a la calle, y juntos vieron pasar los primeros camiones de reparto que disipaban la niebla matutina. Los Ángeles era una ciudad que ya empezaba a trepidar, a hacerse agobiante a aquella hora, convertida en una red de autopistas. Pero era curioso que Ray se sintiera bien allí, quieto y tranquilo, vencido por el cansancio, como si la tensión de los últimos días le estuviese aplastando de pronto.

Volvió la cabeza hacia la chica y musitó:

—¿Quieres fumar?

—Tal vez me siente bien un cigarrillo... Gracias.

Era bonita, delgada, de líneas suaves. Quizá no enloquecería sexualmente a un hombre, pero le daría ternura y comprensión. Mientras Ray le proporcionaba fuego, susurró:

—Llevas mucho tiempo viniendo aquí. Te dije que no podía hacerme cargo de tu asunto.

—¿Por qué?

—¿Necesitas que te lo repita, Mary? No es mi especialidad.

—Pero es que el médico me engañó diciendo que era una prueba y me hizo abortar... ¡Tienes que encontrar pruebas de que me engañó, Ray! ¡Yo quería tener el hijo!

—Cada tipo de investigación requiere su técnica, Mary, y ésa no es la mía. No sé cómo decírtelo... Fracasaría. Además, quizá sea mejor que lo olvides. Si no estás casada, ¿para qué querías el hijo?

—¿Es que hace falta estar casada para eso? —preguntó ella bruscamente.

—No, claro que no... Pero hay compañeros que harían eso mejor que yo. ¿Por qué no has acudido a las direcciones que te di?

—Porque tengo confianza en ti, Ray. Te conozco desde hace años, desde que empezaste en este cochino oficio.

El suspiró.

De pronto se sentía cansado, terriblemente cansado.

Toda la terrible trepidación de Los Ángeles se iba metiendo en su corazón de hombre que se estaba haciendo repentinamente viejo.

—Nunca has querido atenderme —dijo ella, como una acusación.

—¿Cómo te lo podría explicar de nuevo, Mary? Pero lo curioso es que... Bueno, ahora lo pienso. Lo curioso es que nunca me has dicho quién era el padre de esa criatura.

—¿Te importa?

—No, claro que no... Reconozco que no me porto bien contigo, Mary. No me lo digas si no quieres.

Mary se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —susurró—. Después de todo, no es un secreto. Mira, precisamente llevo una foto suya.

Y se la mostró.

Ray no hizo ningún comentario.

Su cara rígida parecía tallada en piedra.

—Es guapo —musitó.

—Sí...

Ray acarició tiernamente el pelo de la chica.

—Lo siento, Mary —musitó—. Me temo que nunca se casará contigo, porque ser guapo no basta. Pero no te estés ahí, entra en el despacho a tomar algo. Me parece que aún tengo una botella de *whisky* pagada a plazos.

Y antes de que los creedores viniesen a montar guardia como todos los días, se metieron en la oficina los dos. La niebla matutina se iba disipando por completo y todo se llenaba del sol que daría un brillo especial a Santa Mónica, a las palmeras de Beverly Hills, a Sepúlveda Bulevar, a las inmensas playas que llegan hasta San Diego. Pero, sin embargo, a Ray le parecía que el día era oscuro, hostil, como si de pronto pensase que no valía la pena vivir.

Tenía en sus manos la clave del asunto y no lo sabía aún. Estaba a un paso del monstruo y no llegaba a adivinarlo. Casi podía ver al fantasma y, sin embargo, no era capaz de abrir los ojos para eso.

Ofreció un *whisky* a la chica y musitó:

—De modo que ibas a tener un hijo con ese hombre...

—Te lo dije la primera vez que vine, Ray. Hace ya no sé cuánto tiempo que te encargué ese asunto.

—Y yo siempre te he dicho que no es mi especialidad, Mary. El médico debía tener instrucciones del padre para hacerte abortar, y por eso te engañó. Es un acto criminal, evidentemente, y lo menos que le pasaría a ese médico sería tener que soportar la retirada de la licencia, pero nunca me he movido en asuntos así. No quería hacer perder el tiempo a una chica como tú para luego no conseguir nada.

Bebieron en silencio los dos. El sol ya daba en los cristales de las ventanas. Mary susurró:

—He tenido una sensación extraña, Ray.

—¿Sí? ¿Qué sensación?

—La de que conocías a mi novio.

El negó.

—No, no le conozco.

Y trató de que su rostro fuese perfectamente natural, a pesar de que mentía. Pero en aquel momento ignoraba que eso pudiera tener importancia, y hasta hacía un esfuerzo para olvidarlo. Al fin y al cabo, ¿de qué diablos servía recordar?

El estaba pendiente de otra cosa.

Estaba pendiente del teléfono. De la llamada que no acababa de llegar. Sentía cada minuto que pasaba como un pinchazo en sus nervios.

Mary susurró:

—¿Quién esperas que te llame?

—El capitán Ullman o el teniente Conan, de la Brigada de Homicidios. No sé cuál de los dos. Han movilizado a todos los detectives disponibles para vigilar autopistas, aeropuertos, clubs náuticos, aeródromos privados... No quieren que el hombre al que buscan tenga posibilidad de huir, ya que suponen que en seguida se sentirá acorralado y tratará de darse el piro. Dentro de unos minutos se puede conocer su nombre.

—¿Su nombre? ¿De qué modo? ¿Y quién lo va a decir?

—Una simple agencia inmobiliaria, una de esas organizaciones que se dedican a comprar y vender casas, reservándose una comisión. Ese asesino violador al que toda la policía de Los Ángeles está persiguiendo cometió un error, y fue decir que iba a comprar una casa en la sierra. Lo hizo para poder disponer de ella, un día o dos, y asesinar, allí, con toda impunidad, a una chica llamada Marta Fer. Sabiendo el nombre de la persona que aseguró iba a comprar la casa, sabremos el nombre del monstruo. Y aun en el caso muy posible de que emplease a otra persona para hacer esa gestión, conociendo el nombre de esa persona sabremos, en seguida, el nombre de la que está detrás suyo. Sí... Fue un error que le va a llevar al final de esta cochina aventura. Y ya no puede remediarlo.

Miró al trasluz el dorado *whisky* que aún tenía en su vaso y añadió:

—En realidad estoy seguro de que el monstruo pensaba que aquello no era un error. La casa solitaria le daba la necesaria tranquilidad para destrozarse, poco a poco, el cuerpo de Marta Fer, pero luego no iba a dejar el cuerpo allí. Cuando salvé a la muchacha, había en torno a aquella casa los suficientes coches para llevársela bien lejos, una vez muerta. La hubieran abandonado en cualquier barranco o cualquier playa, y luego hubiesen retirado de la casa el equipo de alta fidelidad instalado en ella, así como borrado las posibles manchas de sangre. Nadie hubiera establecido la menor relación entre aquella casa en venta y el cadáver aparecido a muchas millas de distancia de allí. Pero mi intervención

lo cambió todo, porque ahora el monstruo está relacionado con aquella casa. Y en cuanto sepamos un solo nombre, todo habrá concluido para él.

Mary susurró, mientras era recorrida por un leve estremecimiento:

—Pero aún tiene una carta en la mano... Antes de que abran las oficinas, puede asesinar a la persona de la inmobiliaria con la cual habló. El monstruo sabe quién es, mientras la policía no.

—Claro que puede hacerlo —dijo lentamente Ray—, pero no le serviría de gran cosa. En la oficina debe haber anotaciones, y hasta quizá se ha cobrado un pequeño cheque a cuenta. Todo eso no puede destruirlo. No... Está completamente perdido y quizá lo sabe ya. Lo único que le queda es intentar huir. Porque en cuanto suene ese teléfono...

Y se detuvo de pronto. Miró a un lado del despacho mientras sus párpados sufrían una leve sacudida.

Porque el teléfono había empezado a sonar.

CAPÍTULO X

Era la voz del capitán Ullman.

—Lo tenemos —dijo aquella voz.

Ray sintió una leve opresión en la garganta. Por un segundo, la ansiedad le impidió respirar.

—¿Quién? —musitó.

—Como suponíamos, es una persona que estuvo hace poco en su despacho, Ray. Por eso le llamo. Quiero que le convenza para que se entregue sin luchar y evite así un inútil derramamiento de sangre. Si roza con una bala a uno solo de mis detectives, juro por mi madre que lo haré degollar como a una res, que es lo que se merece.

—De acuerdo, Ullman, pero ¿quién es? ¡Infiernos! ¿QUIEN ES?

La voz de Ullman dijo:

—Jess, el chófer de Elisenda Green.

—No es posible...

—¿Cómo que no es posible? Está comprobado. En la agencia inmobiliaria nos han dado su nombre; fue él quien dijo que iba a comprar aquella casa y que necesitaba las llaves durante dos días, a fin de verla mejor. Ha sido él quien, al sentirse acorralado, ha tratado de llegar hasta las taquillas de la Eastern en el aeropuerto de Los Ángeles, pero al notar la presencia de la policía se ha largado. Ha sido él, en fin, quien tiene motivos, desde su punto de vista, para odiar a todas las mujeres del mundo.

—¿El? ¿Por qué?

—El trato salvaje a que le somete Elisenda Green. Toda la ciudad lo sabe. Lo tiene a su lado para manifestarle su odio.

—Eso es absurdo, capitán. Si él no se sintiera a gusto con ella, la habría abandonado ya. Ninguna ley le obliga a estar a su lado.

—De acuerdo, pero puede que haya entre los dos una relación sexual sadomasoquista; eso no lo sé. Los misterios de la mente

humana no puede uno desentrañarlos en cinco minutos, pero eso es lo que menos importa ahora. Tengo pruebas más que suficientes para enviar a todos mis perros de presa contra ese hombre y acabar con él. Por eso pido su colaboración, Ray, aunque cumplo con mi deber al decirle que no tiene ninguna obligación de prestármela.

Ray no contestó. Preguntó sencillamente:

—¿Dónde está?

—En la casa de West Armour.

—Es el mismo sitio donde vive Ely, ¿verdad?

—Claro, puesto que él es su chófer.

—De acuerdo, voy para allá.

Ray había apretado los labios. Colgó el teléfono mientras miraba a Mary.

—Ha caído —musitó—. Tú eres la primera en saberlo.

Y salió de la oficina. Sus ojos estaban turbios. Ray tenía motivos para sentirse satisfecho porque el monstruo de Beverly Hills había caído en la ratonera, pero, sin embargo, cualquiera que le conociese hubiera podido notar que flotaba en sus ojos una mirada amarga.

La casa de West Armour correspondía al *status* de vida de una mujer con tantos millones como Elisenda Green. Rica ya por herencia, había aumentado incansablemente su fortuna a base de trabajo, de tenacidad, de astucia y de dedicarse a uno de los negocios legales más importantes del país: las separaciones matrimoniales de la gente de dinero. Por eso eran muchos los que envidiaban su situación, aunque Elisenda Green no se vanagloriaba de ella. Incluso jamás había abierto sus salones para dar una fiesta.

Ahora la casa estaba completamente rodeada por la policía, aunque flotaba en torno a ella un espeso y mortífero silencio. Como la finca estaba aislada de todas las otras, el resto del barrio residencial permanecía tranquilo. No se había oído aún ni un disparo, ni una sirena, ni una llamada por los megáfonos. Simplemente los policías, con todas sus armas a punto, permanecían en guardia.

A Ray ya le esperaba el capitán Ullman. El teniente Conan estaba un poco más allá, parapetado detrás de un coche. Junto a los gruesos troncos de los árboles del jardín, acechaban otros hombres.

Ray musitó:

—¿Dónde está?

—En aquel pabellón pegado a la casa. Es el sitio donde está el garaje junto a la vivienda del chófer.

—¿Y él está dentro?

—Sí. Nos hemos asegurado.

—¿Le han intimado ya a rendirse?

—Aún no, pero sabe que le hemos rodeado por completo. Quiero emplear al principio la técnica de la persecución y por eso le he llamado a usted, Ray, Es la única persona ajena a la casa que le conoce.

—Sí, pero muy poco.

—Algo es algo. Acérquese y convénzale para que se rinda. Diga que, de lo contrario, es hombre muerto. Pero vuelvo a advertirle que el trabajo es peligroso y que no está usted obligado a prestarme ayuda.

—Lo sé. Puede disparar. Sin embargo voy a ir.

Conan se volvió lentamente. Miró con fijeza a Ray.

—¿Por qué lo hace, detective de mierda? —preguntó—. ¿Qué quiere? ¿Demostrar que tiene unas pelotas como un toro? ¿Quiere demostrar que no está castrado aún?

—No.

—Pues ¿qué?

—Pretendo demostrar algo que usted todavía no puede entender, teniente Conan.

Y, sin una palabra más, avanzó hacia la casa. Lo hizo por el terreno más descubierto y visible, exponiéndose a una bala, mientras los policías le abrían paso.

El silencio era agobiante. No se oía ni el rumor de una hoja, ni el soplo de la brisa entre los arbustos, ni el ruido de una pisada. El tiempo parecía haberse detenido mientras docenas de hombres, con sus armas preparadas, contenían la respiración.

Ray llegó junto al pabellón.

—¡Jess! —gritó.

No hubo respuesta.

—¡Jess! —advirtió—. ¡Voy a entrar!

Silencio.

Pero aquel silencio era ya una invitación, de modo que Ray siguió avanzando. Los detectives entornaron los párpados pensando

que de un momento a otro iba a caer abatido por un balazo. Todos se prepararon para el asalto en cuanto sonara la detonación. Ullman hizo una seña para iniciar el ataque.

Pero Ray siguió avanzando confiadamente. Sabía que el acorralado no iba a disparar. Lo sabía.

Era una convicción clavada en el fondo de sus entrañas.

Empujó la puerta.

Y lo vio.

Jess estaba allí. Desde la sala que ocupaba se veía a través de una mampara de cristal el garaje con cuatro magníficos coches, uno de ellos de importación. Había, también, muebles sencillos, una estantería con libros y una bandeja de acero con botellas. Al contrario de lo que ocurre en otras habitaciones de soltero, no se distinguía, allí, ningún póster con chicas desnudas y ni siquiera con algún equipo de *rugby* o de béisbol. Sobre una tarima había tres fotos enmarcadas, pero las tres estaban vueltas de espaldas a la puerta.

Ray alzó un poco las manos.

Quería demostrar que iba desarmado.

—Más vale que no pongas las cosas difíciles, Jess —musitó—. Si te entregas ahora, tendrás derecho a un juicio legal en el que es muy posible que salves la vida. Manson y otros tipos peores que tú la han salvado. Pero si inicias un solo gesto de resistencia, te matarán. Te juro por mi madre que los detectives de la Brigada de Homicidios están sudando de ansia por darle gusto al dedo.

Jess no se inmutó.

Estaba claro que no iba a ofrecer resistencia.

Una extraña sonrisa flotaba en su rostro.

—Sólo quería asegurarme de que no dispararían —dijo—. Por eso le he pedido a ese tal capitán Ullman que me enviase a alguien conocido para parlamentar.

—¿Vas a entregarte, Jess? —Sí. Y a confesarlo todo.

Ahora el que sonrió fue Ray.

Y también aquella sonrisa quedaba extraña en su rostro.

—Tienes cara de muy buen chico para ser el monstruo de Beverly Hills —musitó.

—¿Por qué dices eso?

—Pones las cosas demasiado fáciles, Jess.

—¿Y de qué me serviría lo contrario? También otros tipejos como yo han tenido que cantar, les gustase o no les gustase. Y el famoso «hijo de Sam» también ha hablado. ¿Qué voy a hacer, después de saberse que fui yo el que dijo que iba a comprar aquella casa? Llega un momento en que las cosas están tan claras que resulta inútil ponerse en contra.

Ray se acercó lentamente a la tarima donde estaban las botellas. Sin mediar una palabra, le ofreció a Jess un vaso de ron.

—¿Por qué...? —preguntó él—. Te animará.

—No me hace falta. Y tampoco hace falta que te muestres tan compasiva conmigo, Ray. Sé muy bien lo que me espera.

—Desde luego. La prueba de la casa es concluyente, Jess. Y no hay duda de que fuiste tú.

—Claro que no hay duda. ¿Quién lo niega?

Ray volvió a sonreír.

Y dijo con una voz absolutamente helada, sin matices, una voz que parecía rebotar en una plancha de metal:

—Yo...

Jess se volvió, de pronto, hacia él y le miró como si estuviese viendo a un alucinado. Con una voz que no parecía la suya preguntó:

—Pero ¿qué dices?

Ray no contestó. Miró una a una las fotografías enmarcadas y vueltas de espaldas a él. Notó que los dientes de Jess castañeteaban de tal modo que hasta parecía como si se le fuese a desencajar la mandíbula.

—¡Déjalas! —aulló Jess—. ¡Maldito, déjalas!

Ray no se inmutó.

Su cara se había vuelto de color ceniza.

Pero aquella sonrisa extraña seguía flotando en sus labios cuando musitó:

—Es extraño que un hombre que ni siquiera tiene en su habitación de soltero un póster de una chica tenga, en cambio, retratos enmarcados de la mujer para la cual trabaja, ¿verdad?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada... Sólo digo que es extraño.

Jess hizo una mueca. Y alzó al fin las manos en un gesto, como indicando que aquélla era, al fin y al cabo, la cosa más natural del

mundo.

—Estoy enamorado de ella —musitó—. ¿Y qué?

—¿Y ella lo sabe?

—No me importa si Ely lo sabe o no. ¡Simplemente estoy enamorado de ella! Lo dijo en un tono agresivo, duro, como si de un momento a otro fuese a saltar, Y fue entonces cuando Ray, mirándole fijamente, le preguntó con voz opaca:

—¿Por eso la encubres y cargas con sus culpas, Jess? ¿Por eso?...

CAPÍTULO XI

Una bofetada en mitad de la cara no le hubiese producido a Jess aquella crispación. Con una voz que era apenas un soplo, preguntó mientras sus manos temblaban:

—¿Qué dices...?

—Quizá eres un buen chico, Jess.

—No te entiendo.

—Demasiado buen chico, Jess.

—¿Qué?

—Ella no merece tener un hijo como tú.

Los dientes de Jess entrechocaron.

Los brazos le cayeron a lo largo del cuerpo.

Algo pareció vacilar, romperse en él, mientras rugía:

—Estás loco..., ¡loco!... ¡LOCO!

—Al contrario, Jess. Tengo pruebas de todo.

—¿Pruebas... de qué?

—Por iniciativa de Ely os llevasteis del despacho de Lorens una serie de documentos, pensando que algunos la podían perjudicar a ella, pero es imposible preverlo todo en un despacho tan desordenado como aquél. Revolviendo papeles, encontró un viejo informe.

—¿Un informe de qué?

—Tu madre le había pedido trabajo a Lorens hace años. Bastantes años. Cuando estaba encinta de ti.

—¡Sigues diciendo cosas sin sentido! ¡Mi madre nunca ha necesitado trabajar para otros! ¡Mientes, maldito! ¡MIENTES!

—En aquella época sí que lo necesitaba, Jess. Era pobre, iba a tener un hijo, le daba miedo abortar y estaba cargada de odio. Lo demás lo resolvió, porque llegó a ganar mucho dinero, pero el odio lo ha conservado durante toda su vida. Aquel día se lo explicó todo a Lorens, que entonces era un detective joven y brillante. Le explicó

que dos mujeres drogadas, dos viciosas de mala muerte, dos auténticas hijas de perra, la habían engañado para llevarla a una casa aislada. Allí, antes de abandonarla, hicieron que un borracho la atropellase delante suyo para divertirse. El hijo de ese borracho eres tú.

Jess había necesitado apoyarse en una de las mesas.

Temblaba.

Ray siguió hablando con voz impersonal y que parecía brotar del fondo de una máquina:

—¿Por qué crees que tu madre empezó a ganar tanto dinero con Lorens? ¿Por qué crees que se convirtió, pronto, en una abogada de fama en divorcios? Una razón fue que Lorens estaba compadecido de ella y la ayudaba, al margen de guardar celosamente el secreto que ella le había confiado. Otra razón del éxito de Elisenda Green fue el odio abismal que sentía. Odiaba a todo el mundo, en especial a ti, humillándote continuamente y sin decir a nadie que fuera tu madre. Odiaba a las mujeres mucho más que a los hombres. Porque Ely está convencida de que los hombres somos simples instrumentos en manos de las mujeres, que son las que realmente protagonizan el vicio. El borracho que la violó le inspiraba asco, pero las dos mujeres que, mientras tanto, la sujetaron, habían convertido la sangre de Ely en una sangre negra. Por eso en los asuntos legales siempre hacía de abogado de los hombres contra las mujeres, y teniendo miedo de que eso me llegara a llamar la atención se llevó los ficheros en que figuraban sus casos resueltos. La verdad fue que, con eso, su éxito económico aumentó. No perdía un solo asunto.

Chascó dos dedos mientras añadía:

—Su odio hacia ti no ha disminuido con los años, a pesar de que eres el más fiel de los criados y el más noble de los hijos. Al contrario, los años hicieron aumentar ese odio. Y cuando se dio cuenta de que tenía el suficiente dinero y la suficiente astucia para vengarse sin ser atrapada, puso sus planes en práctica. Se vengaría en cualquier mujer. Se hubiese vengado, caso de poder hacerlo, en todas las mujeres del mundo. Y nunca la atraparían. ¿Porque quién podía imaginar que el monstruo violador de Los Ángeles fuese una mujer?

Miraba fijamente a Jess. Su mirada era metálica y fría. Con la misma voz impersonal, Ray siguió diciendo:

—¡Claro que las mujeres a las que hacía gestos de autostop no desconfiaban de ella! ¿Cómo iban a hacerlo? Para Ely era muy fácil, como era fácil, también, usar los guantes con las uñas monstruosas. Y el aparato diabólico con que destrozaba a sus víctimas. Eso fue lo primero que me llamó la atención, aunque, la verdad, fue que llevó a la policía por pistas muy equivocadas, puesto que se buscaba a un hombre de características anormales. Y tampoco puso sobre Marta Fer las manos en aquella casa, porque Marta hubiera notado que eran las manos de una mujer. Todo eso está muy claro, Jess, y sin duda encontraremos en esta casa todos los aparatos que tu madre usó. Como podremos comprobar que viajó a las Bahamas para matar a Lorens, puesto que tenía miedo de que Lorens recordase algo. Es inútil que te ofrezcas como culpable en lugar suyo, Jess. Ni lo merece ni te lo agradecerá.

De modo que dime dónde está para ir a buscarla a ella; tú ya no me interesas.

Y bajó la mirada.

Porque le daba pena ver a Jess.

Porque le daba angustia ver sus ojos anegados en llanto, Jess gritó:

—¡Lo hice yo! *¡Sabes que lo hice yo!*

—No, muchacho —susurró Ray, negando lentamente con la cabeza—. Tengo la prueba de que no, y lo curioso es que la he tenido desde hace días sin sospecharlo. Como quien dice, la prueba me ha esperado a la puerta de mi despacho sin que yo le hiciera caso. Hay una chica llamada Mary a la que dejaste embarazada hace poco tiempo, y que, en contra de su voluntad, abortó. Por lo tanto no puedes ser el monstruo; le hubieras causado daños fisiológicos.

Jess estaba hundido.

Parecía como si el mundo entero diese vueltas en torno suyo.

—¡Dios santo...! —balbució.

—Vamos —musitó Ray—. Condúceme hasta Ely. Será lo mejor.

Y volvió bruscamente la cabeza.

Porque, de repente, se dio cuenta de que ella estaba allí.

Vio sus ojos odiosos.

Sus manos que temblaban.

La pistola...

—¡Maldito hijo de zorra! —gritó Elisenda Green—. ¡No podrás hablar más! ¡No pod...!

La voz se le rompió de pronto. Su cabeza pareció saltar de costado. La sangre salpicó el aire. Una brecha espantosa se abrió en su sien izquierda.

Y Ray vio, entonces, el revólver humeante del teniente Conan. Vio sus ojos opacos. Su mueca donde también había odio.

—¿No te has dado cuenta de que te habíamos pegado un pequeñísimo micro al traje, Ray? —preguntó—. Hemos podido intervenir a tiempo porque lo hemos oído todo.

Ray volvió la espalda.

No sabía qué contestar.

Con una mueca amarga, sacó a Jess de allí para que no viese el cadáver.

El capitán Ullman vino corriendo también.

—¡Eh, Ray...! —musitó—. ¿No vas a volver al despacho de Lorens? ¡Acaba de telefonar Marta Fer diciendo que te espera allí! ¡Pide que la ayudes a salir!

—¿Por qué? —preguntó Ray.

—¡Toma! —masculló el capitán Ullman—. ¡Natural! ¡Los acreedores tienen rodeado aquello!

Ray hizo un gesto de resignación y empezó a hurgarse los bolsillos.

—Los acreedores... ¡maldita sea!

Puestos a salir del paso, aún podría pagarles veinte dólares.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

